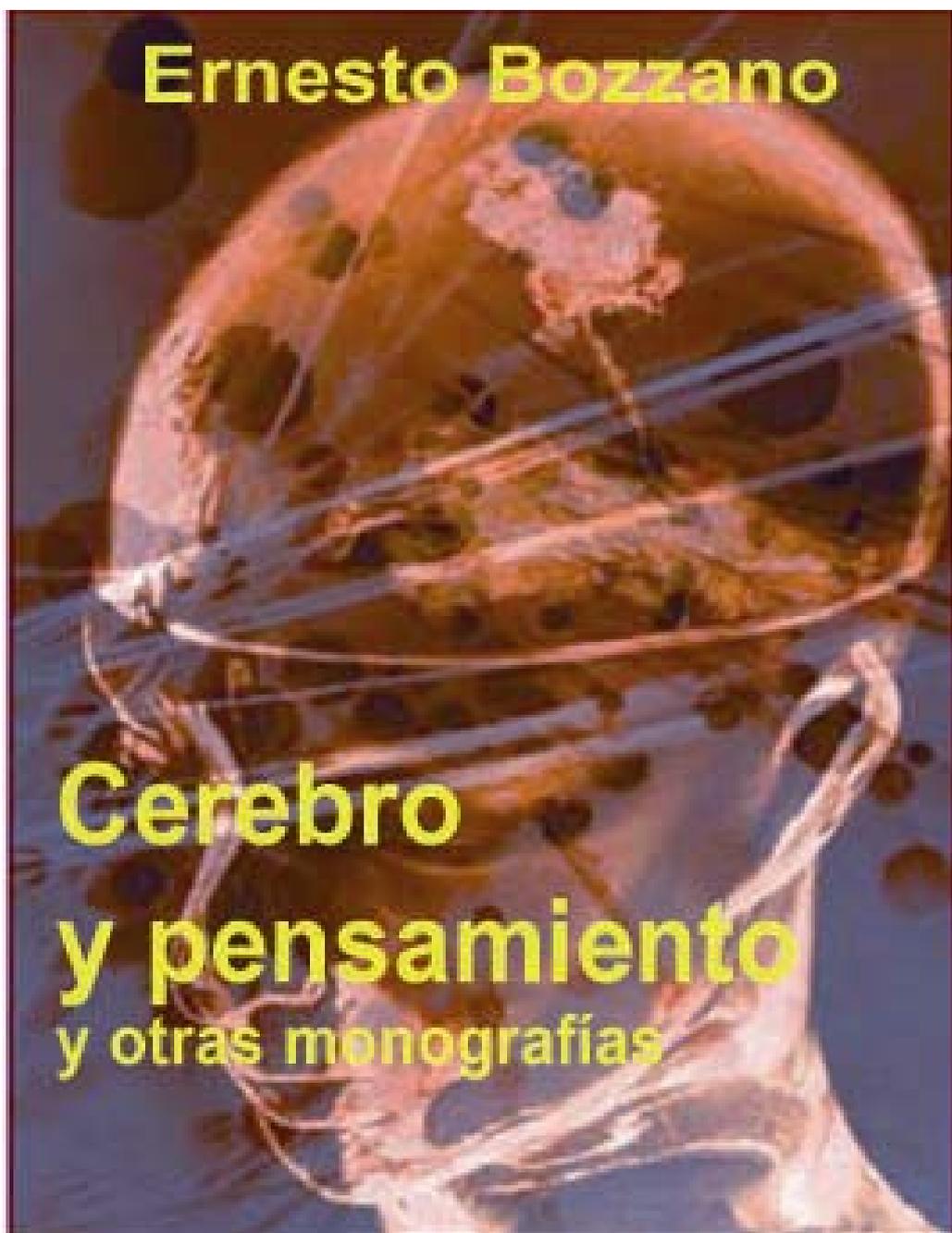


Ernesto Bozzano

**Cerebro
y pensamiento
y otras monografías**



Ernesto Bozzano

**Cerebro y
pensamiento**
y otras monografías

ÍNDICE

Cerebro y pensamiento	4
El objeto de la vida	19
En defensa del alma	30
Reminiscencias de una vida anterior	52

CEREBRO Y PENSAMIENTO

Los casos de individuos que conservan su inteligencia a pesar de la destrucción parcial o total del cerebro conducen lógicamente a reconocer la existencia en el hombre de un espíritu independiente del organismo corporal, provisto de un “cuerpo etéreo”, asiento de la memoria integral y de las facultades sensoriales supranormales.

CEREBRO Y PENSAMIENTO

La teoría del “paralelismo psico-fisiológico” ha sido siempre el mayor obstáculo que ha impedido y sigue impidiendo que algunos eminentes representantes de la ciencia oficial admitan la interpretación espiritualista de los fenómenos mediúmnicos. Este obstáculo les parece, en efecto, tan insuperable que se lanzan a una búsqueda ansiosa e incesante de hipótesis siempre renovadas, cada vez más audaces, la mayor parte de ellas puramente verbales, por medio de las cuales se esfuerzan en conseguir la ilusión de una interpretación naturalista de las manifestaciones mediúmnicas. Pero éstas permanecen más que nunca refractarias a cualquier interpretación de esta naturaleza.

En estas condiciones, resulta muy útil demostrar a fisiólogos y psicólogos que la doctrina del “paralelismo psico-fisiológico”, encarrada en los límites estrictamente funcionales de las relaciones que existen entre el cerebro y los estados de conciencia, no solamente no está en contradicción con la otra teoría de la existencia y supervivencia del espíritu humano, sino que, por el contrario, debe acogerse como legítima, indiscutible e irrefutable, incluso por los defensores de la hipótesis espírita.

Por otra parte, no vemos cómo podría ser de otra manera. En efecto, la teoría del “paralelismo psico-fisiológico”, tal como ha sido formulada por los fisiólogos, no prejuzga, en absoluto, los *orígenes* de la actividad psíquica. Se limita, a fin de cuentas, a comprobar la existencia de una correlación incontestable entre los fenómenos psíquicos y las funciones morfológicas del cerebro, constituyendo un justo medio entre las doctrinas extremistas opuestas del grosero *materialismo filosófico*, según el cual el cerebro es, una glándula que segrega el pensamiento, y el *idealismo puro*, que pretende que no existe ninguna relación entre la actividad psíquica y las funciones morfológicas correspondientes del cerebro, lo cual es absurdo, puesto que, en tal caso, el cerebro sería un órgano inútil.

Sabido es que Taine, al comentar la doctrina del “paralelismo psico-fisiológico”, compara la doble función –psíquica y física– del cerebro, con una obra escrita en dos lenguas: la original del autor, que representaría la *función psíquica* y otra, cuyo texto consistiría en una

sencilla traducción del original y que representaría la *función física*. Esta similitud es tanto más feliz y sorprendente en cuanto que aclara las funciones del cerebro sin prejuzgar la cuestión del *origen* de la actividad psíquica propiamente dicha, mostrando el camino a seguir para conciliar a los partidarios del “paralelismo psico-fisiológico” con los defensores de la espiritualidad del alma.

Dicho de otra manera, es verdad que la razón de ser del cerebro, como órgano del pensamiento, consiste en que gracias a él vemos cumplirse una doble función psíquica indispensable para que el *espíritu* pueda relacionarse con el medio terrestre, es decir: la función de “traducir” las innumerables vibraciones físicas del mundo exterior que llegan al cerebro, por la vía de los sentidos, en vibraciones psíquicas perceptibles para el *espíritu* y, por otra parte, la función de “transmitir” a la periferia las *imágenes psíquicas* por medio de las cuales el espíritu responde a las vibraciones específicas que llegan a él del medio terrestre.

Pues bien; es inevitable que estas funciones del cerebro no puedan realizarse sin una dispersión correlativa de energía nerviosa, en perfecta equivalencia con la naturaleza e intensidad de las actividades psíquicas en función, lo cual está absolutamente conforme con lo que afirman los fisiólogos.

Se sigue de ello que la naturaleza de las funciones cerebrales, en relación con el “paralelismo psico-fisiológico” es susceptible de interpretarse de un modo muy diferente del que generalmente se adopta en los ambientes universitarios. Pedro Siciliani, el eminente filósofo italiano, en su *Psicogenia Moderna*, sostiene a este respecto que el pensamiento tiene el deber de detenerse en el umbral del “Realismo fenoménico”, es decir, que debe limitarse a afirmar la correlación indudable, por una ley de equivalencia, entre las actividades opuestas, morfológica y psíquica, en el sentido de una *correspondencia paralela* y no de una *conversión absoluta*. Reconoce, de este modo, la irreductibilidad de ambos hechos. Esta afirmación es de una sabiduría profunda. En efecto, esta actitud de prudente reserva, combinada con una negación tajante del materialismo grosero que estaba en boga en sus tiempos, era la única acorde con las condiciones del saber antes de la intervención de las investigaciones metapsíquicas, las cuales, al revelar la existencia de una región psíquica insospechada hasta entonces, abrían la ruta a nuevas inducciones, a nuevas deduc-

ciones, a nuevas síntesis, a nuevas teorías capaces de conciliar los dos polos del pensamiento filosófico moderno.

Por su parte, el profesor William James, en su monografía *The immortality of Man*, va más lejos que Siciliani, especificando cuál es, verosímilmente, la función real del cerebro en el “paralelismo psicofisiológico”. Recuerda que se pueden admitir tres diferentes especies de funciones: la función *productiva* (la que sostienen los materialistas), la función *permisiva* (por ejemplo, la acción de disparar un fusil, lo que *permite* la explosión de la pólvora) y la función *transmisiva* (tal, por ejemplo, la de un prisma o una lente). Y, según William James, esta última es la función que cumple el cerebro. De acuerdo con esta teoría, la individualidad psíquica que utiliza el cuerpo, es distinta del cuerpo, tanto cuanto es distinta de la luz el prisma que la refracta y descompone en un espectro coloreado. De manera que quienes afirman que el cerebro cumple la función de *producción* del pensamiento, podrían compararse a los que sostuvieran que el prisma produce la luz. En apoyo de su tesis, el profesor James expone varios hechos fisiológicos y psicológicos incompatibles con cualquier otra, explicación.

Por mi parte, he expuesto recientemente ¹ una teoría, complementaria de la que acaba de leerse, que supone una doble función del cerebro: en primer lugar, la de *traducción*, y, además, la de *transmisión*. Es decir, que las vibraciones específicas que llegan al cerebro desde el mundo exterior, por la vía de los sentidos, se *traducen* en él en términos sensorio-psíquicos, perceptibles por el *espíritu* (un *espíritu* que no, puede percibir las vibraciones *físicas*); el resultado es un *estado de conciencia* al cual responde el espíritu oponiendo la *imagen psíquica* correspondiente, gracias a la cual obra sobre los centros de inervación eferente, que la transmiten a la periferia en términos de acción especializada, correspondientes al estímulo perceptivo original.

En apoyo de lo que acabo de exponer, recordaré, de paso, que los fisiólogos consideran la substancia cortical del cerebro como un conjunto de “centros de elaboración del pensamiento por medio de *imágenes psíquicas*”. Así, por ejemplo, el centro del lenguaje se ejercitaría por medio de *imágenes fonéticas de las palabras*, lo que explica la contradicción aparente que se halla en el hecho de que

¹ En “El objeto de la vida” (N. del T.).

cuando se lesiona el centro del lenguaje, se pierde la palabra (afasia) sin que exista parálisis de los órganos fonéticos. Está, pues, fuera de duda, que los centros de inervación eferente son estimulados por medio de “imágenes psíquicas”.

Ahora que hemos expuesto nuestra tesis en términos científicos, nos resta exponerla en términos filosóficos, haciendo observar que, si bien es verdad que el espíritu humano tiene en sí mismo una chispa de esencia divina, no es menos cierto que lo “divino” que existe en el espíritu humano no logra individualizarse sino pasando del dominio de lo “Absoluto” al de lo “Relativo”, del dominio del “Nómeno” al del “Fenómeno”. De ello resulta que, para ponerse en relación con las manifestaciones del universo fenoménico, el espíritu necesita de un órgano *transformador* apropiado: este órgano es el cerebro. Dicho de otro modo, de lo que está encargado el cerebro en sus relaciones con el “espíritu”, es de poner a éste en condiciones de percibir una fracción determinada de la Realidad Incognoscible en los términos de un sistema dado de apariencias fenoménicas tales como se manifiestan, con modalidades siempre diferentes, en todo mundo habitado del Universo entero, apariencias fenoménicas en medio de las cuales el espíritu está destinado a existir y a ejercitarse con vistas a su elevación ulterior en el conocimiento de la Realidad Absoluta, encarada a través de las infinitas modalidades en las cuales se transforma manifestándose en lo Relativo. Se comprende, pues, la necesidad que tiene el espíritu de poseer un cerebro que sirva de órgano transformador de la realidad absoluta en términos de manifestaciones relativas y fenoménicas, función infinitamente importante a la cual se hallan destinados los innumerables mundos que pueblan el universo.

Desde el punto de vista del “paralelismo psico-fisiológico”, haré notar que con esta teoría se lograría conciliar las afirmaciones de los fisiólogos con la tesis espiritualista. En efecto, se reconocería, por una parte, que la doble función de *traducción* y de *transmisión* del órgano cerebral se realiza a expensas de la energía acumulada en las células nerviosas, como sostienen y demuestran los fisiólogos y, por otra parte, no se puede discutir que esta condición de hecho parece absolutamente conciliable con la existencia de un espíritu independiente del instrumento que el mismo emplea para entrar en relación con el medio terrestre. Por consiguiente, la mejor definición del “paralelismo psico-fisiológico” sería la formulada por Pedro Siciliani, según la cual se

afirma la correlación incontestable, por una ley de equivalencia, de las actividades opuestas: la morfológica y la psíquica, pero se reconocería al propio tiempo que esta correlación debe interpretarse en el sentido de una “correspondencia paralela” y no en el de una “conversión absoluta”.

Tal es, en resumen, la teoría que nosotros sostenemos. Sólo queda por demostrar que el análisis comparado de los hechos la confirma. Pero es esta una tarea tan grande e importante que se necesitaría todo un libro para desarrollarla. Me limitaré, pues, a tocar brevemente los viejos y formidables obstáculos que se han opuesto siempre a la doctrina materialista, reservándome hablar más ampliamente de algunas otras dificultades que han sido señaladas de algún tiempo a esta parte y que son mucho más graves que las antiguas.

Recordaré, ante todo, que la existencia misma de la “conciencia”, que constituye un misterio insuperable para cualquier escuela científica o filosófica, debiera obligar a cuantos poseen el sentido filosófico, a abstenerse de pronunciar sobre ello juicios demasiado categóricos en sentido materialista. Esta prudente reserva la observan, por desgracia, muy pocas personas y entre los partidarios más atrevidos de la fórmula según la cual “el pensamiento es una función del cerebro” se encuentran nombres tan ilustres como los de Vogt, Büchner, Moleschott, Haeckel, Le Dantec, Sergi.

Con respecto a las relaciones estrictamente psico-morfológicas, los principales problemas insolubles para los partidarios de la doctrina materialista son los siguientes: la permanencia de la personalidad, a pesar de la renovación perpetua de las moléculas cerebrales; las desigualdades intelectuales considerables entre individuos nacidos de los mismos padres; el carácter innato de ciertas facultades; las diferencias radicales entre la herencia física y la herencia psíquica; la naturaleza fisiológica del sueño, etc. No me detendré a discutir todos estos problemas, no solamente por falta de espacio, sino también porque, si bien estas dificultades son realmente embarazosas para los defensores de la doctrina materialista, no bastan, sin embargo, para demoler dicha doctrina.

Pero para los partidarios de la fórmula según la cual “el pensamiento es una función del cerebro”, se multiplican los problemas a resolver a medida que las ciencias fisiológicas y psicológicas se desarrollan, y ello sin salir del círculo estrecho de investigaciones que

se han fijado los representantes de la ciencia oficial, círculo que se detiene en los límites de las manifestaciones normales y patológicas de la “psique”, sin ocuparse del dominio mucho más importante de las facultades supranormales y subconscientes. De todas maneras, el tema resulta todavía demasiado vasto para poder desarrollarlo en este artículo; me ceñiré, pues, a tocar el más reciente de estos problemas, que es por sí mismo suficiente para quebrantar las bases de la hipótesis materialista. Aludo, a los casos de individuos que han continuado con su conciencia e inteligencia intactas a pesar de que su cerebro fue destruido por completo o “en parte. Se concibe que estas extraordinarias excepciones no invalidan la regla general, es decir, que no contradicen en modo alguno la afirmación de que el cerebro es necesario al espíritu en sus relaciones con el medio terrestre; pero también es cierto que resulta esencial aclararlas de inmediato.

Obsérvese que ello se consigue fácilmente si se admite el principio de la existencia de un alma independiente del cuerpo, pero que no se logra en absoluto si se pretende que el pensamiento es una función del cerebro. Lo demostraré en los comentarios a los casos que voy a citar.

Como se sabe, los casos a que acabamos de aludir, se han multiplicado en estos últimos años, sobre todo a causa de la última guerra mundial. Han sido observados en Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, Bolivia, República Argentina. Casi todos ellos los tengo frente a mí y todos presentan algún rasgo característico especial que los hace teóricamente importantes. Lamento tener que limitarme a hacer algunas breves citas.

El doctor Geley ha transcrito varios ejemplos en su obra: *Del Inconsciente al Consciente*, y otros en la *Revue Métapsychique* (1920, p. 36-38 y 1922, p. 21-22). De esta última revista (1922) extraigo el siguiente pasaje:

¿Hay necesidad de recordar el fracaso de la teoría de las localizaciones cerebrales, que tan bellas promesas ofrecía hace un cuarto de siglo?

¿Es preciso citar los casos famosos y relativamente frecuentes de lesiones extensas de los centros nerviosos, en las regiones consideradas esenciales, que no han sido acompañadas de ninguna perturbación psíquica grave ni de ninguna restricción de la personalidad?

Básteme recordar el caso típico publicado por el Dr. Guépin, en marzo de 1917:

Un joven, Luis B., hoy jardinero cerca de París, había sufrido la ablación de una parte considerable de su hemisferio cerebral izquierdo (substancia cortical, substancia blanca, núcleos corticales) y, a pesar de ello, continuó intelectualmente normal, no obstante la privación de circunvoluciones consideradas como asiento de funciones esenciales.

Casos análogos, algunos de los cuales se han hecho clásicos, han sido publicados en todas partes.

Las heridas de guerra han proporcionado nuevos e importantes ejemplos. El Dr. Tourde, que ha hecho un estudio especial de estos casos, no ha temido terminarlo con estas líneas:

Si la teoría de las localizaciones se hace cada día más difícil de defender, no es menos cierto que ella arrastra en su caída a la tesis del *paralelismo estricto*. Si es aún posible creer, aunque desgraciadamente no se puede demostrar, que a todo fenómeno psíquico corresponde una modificación cerebral, ya no se puede sostener más que toda modificación cerebral provoca un fenómeno psíquico y, en todo caso, no se tiene ya derecho a pretender que a toda pérdida de substancia encefálica corresponde un déficit psicológico. Al mismo tiempo, hay que renunciar de una buena vez, como ya lo había previsto el Sr. Bergson, en 1897, a la hipótesis del cerebro conservador de recuerdos-imágenes y adoptar otras ideas acerca de la naturaleza de su papel en el proceso del acto de la memoria. Lejos de ser la condición indispensable del pensamiento, el cerebro no sería sino su prolongación en el espacio, el “acompañamiento motor”. Podríamos considerarlo, en relación con él, como un órgano de “pantomima”.

Como puede verse, el Dr. Tourde se ve llevado por el análisis de los hechos a una conclusión absolutamente concordante con las teorías de Bergson, de James, del Dr. Geley y con la que nosotros sostenemos, teorías todas que establecen la independencia del pensamiento en su relación con el cerebro, aunque difieran ligeramente entre sí en la interpretación de las atribuciones del cerebro con respecto al espíritu. Así, por ejemplo, entre la teoría de Bergson aceptada por el Dr. Tourde y la que nosotros sostenemos, existe esta diferencia: que, según Bergson, las funciones del cerebro se limitarían a ser “un acompañamiento motor del pensamiento”, lo que hace que el cerebro se reduciría a ser “un órgano de pantomima”. Por el contrario, a nosotros nos parece que los hechos nos autorizan a conceder más importancia funcional al órgano del pensamiento. De cualquier manera, estas diferencias son teóricamente insignificantes frente a la circunstancia

capital de hallamos de acuerdo para asignar a la conciencia individual el lugar que le corresponde en la vida.

No ignoramos que los partidarios de la fórmula de que “el pensamiento es una función del cerebro” han intentado explicar los casos de que acabamos de ocuparnos suponiendo que, en esas circunstancias, los lóbulos cerebrales que quedaban intactos reemplazaron a los que fueron destruidos. Pero esta hipótesis no es solamente gratuita, no sólo contradice la doctrina de las localizaciones y la del “paralelismo psico-fisiológico”, es que además, halla un obstáculo insuperable en la circunstancia de que se conocen ejemplos en los que el órgano cerebral ha sido encontrado en la autopsia *totalmente* destruido por un tumor, aun cuando el enfermo conservó hasta el último momento el uso de sus facultades intelectuales.

He aquí el primer ejemplo.

El caballero Le Clément de Saint-Marcq, ex-coronel del ejército belga, cita el siguiente caso que le ha sido comunicado por el médico que lo observó:

Se trata de un suboficial de guarnición en Amberes que, desde hacía dos años se quejaba de violentos dolores de cabeza que, no obstante, le permitían cumplir con todos los deberes de su cargo. Un día murió repentinamente y fue llevado al hospital para que le fuera practicada la autopsia. Cuando se abrió su cráneo no se encontró sino una papilla de pus; no existía allí ni una sola célula de materia cerebral. Y como esta transformación de las células en pus, es decir, su destrucción por la enfermedad, no pudo verificarse instantáneamente sino que, por el contrario, era el resultado de la lenta evolución de un absceso, podemos llegar a la conclusión de que, durante un tiempo bastante largo, este suboficial había podido cumplir su servicio no poseyendo más que residuos del cerebro. Lo que es una buena prueba de que el pensamiento no está tan íntimamente ligado a este órgano como les place decir a los defensores de la tesis materialista. (*Revue Scientifique et Morale du Spiritisme*, 1907, pág. 275-276).

He aquí otro ejemplo análogo al anterior, observado por el Dr. R. Robinson y expuesto por el profesor Edmundo Perrier en la Academia de Ciencias, de París:

Se trata de un individuo de 62 años que, a consecuencia de una ligera herida en la región occipital, presentó algunas perturbaciones visuales que llamaron la atención; sin embargo no se produjo ningún síntoma alarmante, ni parálisis ni convulsiones. Los demás sentidos permanecieron en estado normal.

Al cabo de un año, el enfermo falleció bruscamente de un ataque epileptiforme. Al hacerle la autopsia, el doctor Robinson comprobó que el cerebro de este hombre tenía la forma de una cáscara muy delgada que, al cortarla, dejó brotar una enorme cantidad de pus.

¿Cómo es posible que una destrucción tan completa del órgano cerebral no haya producido ningún síntoma grave y característico? ¿Y qué se hace, ante un hecho de esta índole, la doctrina de las “localizaciones” que atribuye a las distintas regiones o zonas del cerebro funciones bien determinadas? El doctor Robinson, apoyándose en este caso singular y en los sabios estudios de los doctores Van Gehuchten y Pedro Marie, llega a la conclusión de que esta teoría debe ser revisada (*Annales des Sciences Psychiques*, 1914, pág. 29).

A propósito de este último caso, el biólogo profesor Ugolini, de Florencia, hace notar con ironía al reproducido:

“Entre nosotros: no podría decirse que ese hombre sin cerebro gozaba de una salud demasiado buena y de la plenitud de sus facultades si sufría perturbaciones visuales y epilepsia, y si un año después de haberse producido la herida, sucumbió miserablemente” (*Anuario científico*, 1913, pág. 241). Fácil es responder que los comentarios del señor Ugolini no se refieren, en absoluto, a la cuestión de las relaciones entre el pensamiento y el cerebro, puesto que nadie ha pretendido jamás que un hombre que sufre de un tumor que le invade poco a poco todo el órgano cerebral, pueda gozar de una salud excelente. Yo añadiría que aun cuando esta persona, en lugar de haber seguido apta para trabajar, se hubiese quedado postrada en la cama, gravemente enferma, en nada se hubiera modificado la significación teórica del caso en cuestión, desde el punto de vista que nos interesa, que se refiere únicamente al hecho de la conservación de la inteligencia a pesar de la destrucción del cerebro, y no al de la conservación de la salud a pesar de un tumor cerebral. Esta última pretensión sería absurda y no tiene nada que ver con el asunto que discutimos.

Queda, pues, demostrado que, en circunstancias excepcionales, la inteligencia puede permanecer intacta a pesar de la destrucción del cerebro. La hipótesis gratuita formulada por los fisiólogos según la cual los lóbulos cerebrales sobrevivientes sustituyen a los destruidos, se derrumba, así, inexorablemente. Por consiguiente, los casos de esta índole no son literalmente explicables por ninguna hipótesis fisiológica y arrastran a la vasta nada de las teorías erróneas, aquella que afirma que “el pensamiento es una función del cerebro”. Y por

necesidad nos vemos obligados a reemplazarla por la teoría opuesta, según la cual el órgano cerebral está invadido y dirigido en sus funciones por algo cualitativamente distinto, donde reside la Conciencia Individual. En otros términos, todo concurre a demostrar la existencia de un “cerebro etéreo” inmanente en el cerebro físico, y, por consiguiente, la existencia de un “cuerpo etéreo” inmanente en el cuerpo somático. Lo mismo que había afirmado el apóstol Pablo, en una máxima digna del cincel, hace ya veinte siglos; lo mismo también que en nuestros días afirmaba la personalidad mediúmnica de Georges Pelham, por intermedio de la médium Mrs. Piper en una conversación famosa que sostuvo con el doctor Hodgson. Entre otras cosas, la mencionada personalidad respondió a una pregunta de Hodgson con esta interesante advertencia: “Yo no creía en la supervivencia. Era algo que excedía mi entendimiento. Hoy me pregunto cómo he podido dudar. Tenemos un facsímil etéreo de nuestro cuerpo físico, facsímil que subsiste después de la disolución de nuestro cuerpo físico”.

Después de lo que acabo de exponer, es casi superfluo añadir que, una vez admitida la existencia de un “cerebro etéreo”, asiento de la Conciencia individual, resulta que el enigma de los “hombres que piensan sin cerebro” es fácil de aclarar. En efecto, se puede lógicamente presuponer que, en ciertas circunstancias de “sintonización” especial entre el cerebro y el espíritu, éste puede prescindir parcial o completamente de su órgano de relación terrestre. Dicho de otra manera: en contingencias semejantes, está claro que la única circunstancia de hecho absolutamente necesaria para explicar el misterio turbador de que tratamos es la de reconocer la existencia de una conciencia individual independiente del órgano cerebral. Una vez que estemos de acuerdo en este punto, se hace racionalmente comprensible que se hallen casos excepcionales análogos a los que hemos citado. La tarea de investigar las causas no tiene ya sino un valor secundario, desde el punto de vista teórico, y puede inclusive hallar una solución por los métodos experimentales.

Haré observar, asimismo, que reconociendo la existencia de un “cuerpo etéreo” en el hombre (existencia que contribuye a probar los fenómenos de “bilocación” en el sueño y de “desdoblamiento fluídico” en el lecho de muerte), no solamente se lograría resolver el problema que estamos analizando, sino también todos los enigmas inexplicables para la fisiología universitaria, desde la misteriosa existencia en la subconsciencia humana de una “memoria íntegra” perfecta y al propio tiempo inútil,

hasta la existencia subconsciente de un “Yo integral” muy superior al “Yo consciente” y servido por facultades de maravillosos sentidos espirituales, capaces de escrutar el presente, el pasado y el futuro, sin límite alguno de tiempo ni espacio.

Sin duda alguna que estos formidables enigmas de la subconsciencia, absolutamente inexplicables por cualquier hipótesis naturalista, pero perfectamente explicable por la hipótesis espiritualista, acabarán por provocar un día la definitiva caída del materialismo científico. Ese día no está lejano, aunque no es difícil prever que deberá desaparecer la actual generación entera, antes de lograrse la aprobación unánime de los pensadores acerca de este punto. Y es que existe una ley psicológica inexorable, que impide a los espíritus que se han ejercitado mucho tiempo en una concepción especial de la vida, asimilar ideas que contrasten de un modo absoluto con ella. En consecuencia, todo movimiento intelectual de orden religioso, social, moral o científico demasiado radicalmente innovador, ha sido siempre acogido con abierta hostilidad por todas las clases sociales, y, sobre todo, por las más elevadas y cultas.

Volviendo a la cuestión de la imposibilidad en que se encuentra la psicología materialista para explicar la existencia subconsciente de facultades supranormales, quisiera hacer notar que el doctor Geley no ha cesado nunca de proclamarla, con la esperanza de provocar sobre el tema una discusión completa e instructiva. Pero siempre en vano. En la *Revue Métapsychique* de enero-febrero 1922, pág. 23 y 24, vuelve sobre este asunto, expresándose así:

No hay paralelismo psico-anatómico, puesto que las acciones dinámicas, sensoriales y psíquicas pueden ser comprobadas incluso fuera del organismo, por una verdadera exteriorización.

No hay paralelismo psico-fisiológico, puesto que el “trance”, durante el cual el subconsciente supranormal se manifiesta en todo su poder, es una especie de aniquilamiento de la actividad de los centros nerviosos ¡que llega, a veces, hasta el coma!

¿Dónde hallar rastros de paralelismo en la visión a distancia, a través de obstáculos materiales y fuera del alcance de los sentidos?

¿Y en la telepatía, independiente de todas las contingencias que rigen las percepciones sensoriales? ¿Y en la lucidez?...

Los hechos subconscientes son igualmente contrarios a la vieja

noción clásica según la cual no hay otra memoria que la cerebral. La memoria cerebral es, como se sabe, limitada, infiel, caduca. No encierra más que una débil parte de las impresiones-recuerdos del Ser. La mayor parte de estos recuerdos parecen perdidos: Pero, en los estados subconscientes, se ve aparecer otra memoria diferente, infinitamente vasta, fiel y profunda, Nos damos cuenta, entonces, de que todo cuanto ha estado en el campo psíquico persiste completo e indestructible en la memoria subconsciente... Los ejemplos de esta prodigiosa criptomnesia son hoy innumerables, y prueban que por encima de la memoria cerebral, estrechamente unida a las vibraciones de las células cerebrales, existe una memoria subconsciente, *independiente de todas las contingencias cerebrales*.

De suerte que la memoria, así como la conciencia, es doble. Hay una conciencia y una memoria estrechamente asociadas al funcionamiento de los centros nerviosos, que solamente constituyen una pequeña parte de la individualidad pensante. *Pero hay una conciencia y una memoria independientes del cerebro*. Es la mayor parte de la individualidad pensante, la que no está circunscripta por los límites del organismo y que, por consiguiente, puede preexistirle y sobrevivirle. La muerte, en lugar de ser el fin de la individualidad pensante, no hace, por el contrario, verosímilmente, más que libertarla de la limitación cerebral y determinar su expansión.

Todas estas inducciones –nunca lo repetiremos demasiado no son postulados metafísicos. Están basadas en *hechos ciertos*. El razonamiento en que se apoyan es estrictamente racional y no se ha *intentado ninguna refutación del mismo*.

El Dr. Geley hizo bien en terminar recordando que nunca han sido refutados los argumentos que demuestran la existencia en el hombre de una conciencia y una memoria independientes del cerebro. Por consiguiente, queda demostrado el error de la teoría del paralelismo psico-fisiológico *estricto*. Y si hizo bien en recordarlo, es porque resulta incontestable que los adversarios han evitado siempre penetrar en la esencia íntima del debate, limitándose a repetir por su cuenta los argumentos habituales fundados en el paralelismo entre los fenómenos del pensamiento y la actividad morfológica del cerebro, olvidando que esos argumentos han perdido todo su valor a consecuencia de las nuevas circunstancias de hecho, de orden psicológico experimental, que han sido opuestas por los defensores de la independencia del pensamiento con respecto del cerebro. Fácilmente se comprende la razón por la cual los opositores han evitado siempre discutir

directamente los argumentos que se les sometían: es que no pueden refutarlos. Pero su impotencia no les impide permanecer sinceramente inquebrantables en sus convicciones materialistas, como si no lograsen convencerse de la flagrante contradicción lógica que existe en una situación semejante. Y por esta causa asistimos a la repetición perpetua de sus razonamientos, ya invalidados. Podemos agregar que su actitud no debe atribuirse a un “parti pris”, sino únicamente al embarazo en el que se encuentran frente a una situación bastante curiosa: la de sentirse al mismo tiempo impotentes para refutar los argumentos de los adversarios y firmemente seguros de su fe materialista.

Como ya lo hemos hecho notar, esta actitud contradictoria obedece a una ley psicológica que, bien que desalentadora desde el punto de vista de la razón humana, es normal y necesaria a la evolución ordenada de las ideas, a causa de la influencia moderadora y bienhechora que ejerce sobre la difusión excesivamente rápida de cualquier movimiento social innovador. Es el estado de espíritu que se llama, en la terminología psicológica, “misoneísmo”. En estas condiciones, sería inútil querer convencer a quienes no pueden comprender. Lo único que cabe es proseguir con serenidad el camino que se abre ante nosotros.

Concluyo, pues, llamando la atención de los lectores sobre el hecho de que los casos de individuos que conservan su inteligencia pese a la destrucción parcial o total del cerebro, contemplados conjuntamente con las circunstancias notabilísimas de la existencia en la subconsciencia humana de una “memoria integral” perfecta y de una conciencia individual superior dotada de facultades de sentido espiritual, conducen lógicamente a reconocer la existencia en el hombre de un espíritu independiente del organismo corporal, provisto de un organismo espiritual o “cuerpo etéreo”, asiento de la memoria integral y de las facultades sensoriales supranormales.

Por otra parte, hemos podido demostrar que las conclusiones a que hemos llegado, aparecen perfectamente conciliables con la teoría del “paralelismo psico-fisiológico”, sobre el cual insisten justamente nuestros opositores. Y digo “justamente”, porque no puede haber duda alguna respecto de la verdad intrínseca de los hechos observados por los fisiólogos. Pero estos hechos, si se los examina a la luz de las modernas investigaciones sonambúlicas y metapsíquicas, cambian radicalmente de significación. Se hace, pues, necesario limitar el alcance teórico que abusivamente se les ha asignado, reconociendo

que, lejos de demostrar que el pensamiento es una función del cerebro, prueban solamente la existencia de una correlación, por ley de equivalencias, entre las actividades morfológica y psíquica, opuestas entre sí; correlación que podría presumirse hasta *a priori*, de tal modo parece natural e indispensable para comprender bien la función real y grandiosa confiada al órgano del pensamiento, función que es doble: por un lado, la de registrar las vibraciones físicas que le llegan por la vía de los sentidos, a fin de transformarlas de inmediato en vibraciones psíquicas *perceptibles* para el espíritu, y, por otro lado, la de registrar las “imágenes psíquicas” con las cuales el espíritu responde a las vibraciones específicas que le llegan del medio terrestre, traduciéndolas y transmitiéndolas a la periferia en forma de acciones apropiadas. Ahora bien; es evidente que todo esto no puede realizarse sin una dispersión de energía nerviosa en perfecta equivalencia con la naturaleza e intensidad de las actividades psíquicas en función. Los fisiólogos tienen, pues, razón, desde este limitado punto de vista.

Por el contrario, cuanto acabamos de decir demuestra que los fisiólogos están equivocados cuando impugnan la legitimidad de la hipótesis espírita, a pesar de la convergencia imponente de todas las pruebas en su favor, y que la combatan en nombre del eterno y, sin embargo, efímero obstáculo del paralelismo que existe entre las funciones morfológicas del cerebro y las psíquicas. Como si la existencia de un instrumento que al accionar consume energía, no fuese compatible con la del obrero que lo hace funcionar. ¡Al contrario! Los dos términos del mayor problema del ser se concilian admirablemente entre sí; son incluso indispensables ambos para resolverlo.

Los espiritistas proclaman, pues, solemnemente, que la teoría del “paralelismo psico-fisiológico” es legítima, incontestable, inquebrantablemente verdadera, y que únicamente es preciso modificar su interpretación para hacerla compatible con la nueva psicología supranormal que ha sido revelada por las investigaciones sonambúlicas y metapsíquicas.

EL OBJETO DE LA VIDA

Todo contribuye a demostrar que el objeto fundamental de la existencia de la vida en los mundos diversos, es la “individualización de las almas” a través de su paso por la escala ascensional de todos los seres vivos hasta el hombre.

EL OBJETO DE LA VIDA

Me sucedía en mi juventud que, cuando leía y estudiaba las obras de Herbert Spencer, me detenía en ciertos capítulos presa de un sentimiento de profunda admiración, mezclado, no obstante, de cierta turbación, ante la grandeza apocalíptica del tema. Eran los capítulos en los que el autor contempla la evolución de los mundos y de la vida y extinción de ésta y la disgregación de aquéllos al chocar entrando en conflagración a través del espacio infinito, para transformarse en seguida en nebulosas primitivas como consecuencia de la espantosa colisión. Y las nebulosas, a su vez, en esta colosal revolución, estaban destinadas a abrir un nuevo ciclo de integración evolutiva, análogo a los otros innumerables ciclos que se habían cumplido ya. Yo era entonces un positivista convencido, y recuerdo el sentimiento de profundo vacío que despertaban en mi alma estas lecturas. ¿Para qué, me preguntaba, esa perpetua sucesión de procesos de evolución e involución, exentos de toda finalidad? ¿Cómo podemos suponer que la evolución de la especie tiende a su mejoramiento progresivo, al perfeccionamiento ilimitado de las facultades sensoriales, al florecimiento sublime de la intelectualidad, cada vez más capaz de comprender el misterio del ser, si en último análisis se habrá perdido todo en el aniquilamiento final del universo, sin dejar el menor vestigio? ¿Solamente a esta atroz ironía se reducen, pues, los altos ideales altruistas de que se vanagloria el positivismo científico que, tras haber concluido en el anonadamiento de la personalidad individual, encomia y preconiza la moral del sacrificio, indispensable al perfeccionamiento ulterior de la especie? Pero si la especie tiene que desaparecer algún día del universo entero, ¿en beneficio de qué otros idealismos desconocidos debe sacrificarse el individuo? Un ideal de esta naturaleza me parecía ficticio e inexistente: era un escarnio. Es imposible, me decía, que el espíritu humano pueda contentarse con concepciones filosóficas tan absurdas que no pueden ser verdad. Y, no obstante, la cosmogonía de Herbert Spencer se imponía a la razón: era la verdad. Y un vacío desolador me quedaba en el corazón y en la inteligencia, porque la inteligencia no es únicamente *razón*, sino también *intuición*.

Sin embargo, aún hoy mismo, a una distancia de cuarenta años y a pesar de que mi manera de pensar ha cambiado radicalmente, el grandioso sistema filosófico de Herbert Spencer se halla presente en mi espíritu en sus grandes líneas, como inquebrantablemente verdade-

ro desde el punto de vista de la razón; al propio tiempo, el sentimiento de vacío y desilusión que me dejaba en el alma cuando meditaba en él, ha terminado por desaparecer. Y es porque ahora, mucho mejor que entonces, siento que poseo una síntesis verdaderamente nítida y comprensible del sistema spenceriano, y comprendo y aprecio el saber supremo de ese genio que, queriendo sentar los fundamentos de un vasto sistema de filosofía positiva excluyendo toda especulación más o menos metafísica, supo, no obstante, asignar el sitio de honor a los problemas inmanentes del ser, postulando, como base de su sistema, la teoría de lo “Incognoscible”, Ahora bien; si sustituimos por la palabra “Dios” lo que el eminente filósofo entiende por la palabra “Incognoscible”, nada habrá cambiado en su sistema filosófico. El agnosticismo de Herbert Spencer es el vestíbulo del Templo de Dios.

Pues bien, la substitución de la palabra “Incognoscible” por “Dios”, bastaría para asignar una finalidad al universo, para asignar un objetivo a la sucesión de constituciones y disoluciones de mundos, para asignar un designio al progreso humano y a la elevación de la intelectualidad, disipando como por encanto la contradicción existente entre las enseñanzas de la filosofía de Herbert Spencer y las conclusiones irracionales y absurdas a las que nos arrastrarían sus doctrinas sin la interpretación teísta de lo Incognoscible. Eugène Nus lo había hecho resaltar en una página de potente prosa, diciendo:

Si la otra hipótesis es la verdadera; si la absoluta indiferencia se halla en el fondo de la naturaleza, matriz inconsciente de la vida sometida a fuerzas fatales o librada a los caprichos del azar; si ninguna inteligencia, ni plan, ni nada que se parezca a una idea rige el mundo moral ni el mundo físico; si no existe ley del destino, sino sucesos que se encadenan o, mejor aún, se engarzan y se siguen, impelidos por un movimiento sin finalidad alguna; si de un cabo al otro de esta escala de destrucción, el individuo se sacrifica a la especie, sin remedio, sin piedad, cayendo confusamente mezclados los sufrimientos físicos, morales e intelectuales, al final del camino, en el negro abismo insondable donde todo termina por desaparecer, hombres y bestias, razas y especies, planetas, cometas y soles; si es sólo tal círculo infernal la vida, toda la vida, ¡oh! entonces es el mal, el mal horrible, indiscutible, inmenso, sin fin, sin límites, sin tregua. Y la única explicación que pueda concebirse de semejante monstruosidad infinita, es que ella es la realización de lo absurdo y de lo infame, arriba, abajo, aquí y en todas partes. Se trata de admitir o no *esta tontería quintaesenciada*, como principio y fin de la existencia universal. Desesperanza o confianza,

pesimismo u optimismo, de ahí se ha de partir (Eugène Nus: *A la Recherche del Destinées*, página 256).

Y Eugène Nus concluye haciendo observar que todo pensador dotado de sentido filosófico rehusará siempre admitir la posibilidad teórica de la existencia de un universo sin finalidad.

Un naturalista inglés, el coronel Hardwick llega a la misma conclusión, escribiendo:

La tesis espiritualista tiene sus defectos, pero posee una fuerza invencible: es verdadera. Si pudiera concebirse alguna duda a este respecto, ¿qué podría sugerirse? ¿Cuál sería la otra alternativa? Hela aquí: la extinción. En otras palabras: este maravilloso universo, con sus millones de mundos y soles girando en un equilibrio perfecto, se habría organizado sin ninguna finalidad y terminaría donde comenzó: en el caos. Lo que haría que la creación del Gran Todo girase en una colosal bancarrota. Esta grandiosa evolución habría necesitado un tiempo infinito, un trabajo sin límites para lograr el coronamiento supremo con el nacimiento del hombre, y de pronto el hombre se hace polvo... y nada más. La pompa de jabón estalla y ¡ya lo ven!: no contenía nada. Yo no puedo dejar de preguntarme: un hombre que posea equilibrio mental, ¿puede creer en semejante interpretación del universo? (*Light*, 1921, pág. 763).

Ciertamente, no ignoro la objeción con que se suele responder a los pensamientos de esta clase, es decir, que no son sino una manifestación del sentimiento y que la ciencia no puede detenerse en consideraciones sentimentales, puesto que no debe ocuparse más que de la búsqueda de la verdad por la verdad. Yo responderé que estas reflexiones, lejos de proceder solamente del sentimiento, constituyen, por el contrario, una indicación *imperativa* y *categorica* de la razón y de la intuición. En efecto, el espíritu humano –cuando no está esclavizado por falsas inducciones científicas– no podría concebir una evolución de los mundos, de la vida de los mundos, de la intelectualidad de la vida, que no tuviese una finalidad. Quien afirme lo contrario, podrá ser un naturalista eminente, pero sin disputa alguna, carece de sentido filosófico y sería vano discutir con un hombre que demostrase de esta manera haber perdido su razón intuitiva en el abismo sin fondo de los prejuicios de escuela.

En todo caso, recordaré que las conclusiones *a priori* de la razón intuitiva las confirman admirablemente *a posteriori* las manifestaciones metafísicas, tanto las “ánimicas” como las “espíritas”, gracias a

las cuales se obtienen las pruebas de la existencia en el hombre de una personalidad integral subconsciente, dotada de facultades de sentido espiritual (Animismo) y las pruebas de la supervivencia de la personalidad (Espiritismo).

Voy a abordar ahora más directamente el tema de este artículo que puede resumirse en la pregunta: ¿cuál es el objeto de la vida?

Desde el punto de vista filosófico, sería tal vez atrevido formular esta pregunta, puesto que las finalidades trascendentales de la evolución espiritual del hombre serán siempre impenetrables.

Mi intención es, sin embargo, más modesta. Lo que me propongo es únicamente investigar las finalidades probables de la actual existencia encarnada, como han hecho ya numerosos pensadores, sin contar con lo que contienen sobre este asunto las revelaciones mediúmnicas. Cumpliré, pues, con el deber de reproducir algunas de las aludidas especulaciones acerca del misterio del ser y algunas de las numerosas revelaciones mediúmnicas concordantes, añadiendo luego algunas consideraciones personales.

En primer lugar, he aquí el pensamiento de la religión budista, según se lee en sus libros:

Vivir es pensar. Vivir es estudiar a Dios que es el Todo y está en Todo. Vivir es conocer, es buscar y profundizar, en todas las formas sensibles, las inmensurables manifestaciones de la Potencia celestial. Vivir es hacerse útil a sí mismo y a los otros; es ser bueno.

Esta definición constituye un resumen de sublime sabiduría, que ilumina las penumbras del espíritu humano. Pueden compararse algunas cortas definiciones del mismo género obtenidas por vía mediúmnicamente, como, por ejemplo: “Vivir es comprender” (Cornillier) y “el objeto de la vida es aminorar el misterio de la Vida” (*American Journal of the S. P. R.*, 1916, pág. 706). Ambas definiciones son filosóficamente profundas; encierran una gran parte de la Verdad. No obstante, no es esa la fórmula del problema que yo quisiera examinar aquí, porque en las definiciones que acabo de transcribir, se contempla la *realización* del objeto de la vida, mientras que yo quisiera hallar un principio más profundo, más fundamental, más prístino, en relación con la génesis de la vida misma. Por lo tanto, dejaré de lado a numerosos pensadores cuyas definiciones giran en torno a la afirmación de que “la vida es una escuela de perfeccionamiento evolutivo del

espíritu”, lo que es tan verdadero que su exactitud resulta evidente a todo el mundo. Haré una excepción con una hermosa página del doctor Geley, en la que establece una distinción entre la finalidad realmente primordial de la vida y la secundaria, que muchas personas confunden con aquélla. He aquí sus palabras:

Evolucionar es, en verdad, tomar conocimiento del propio estado real, del estado del mundo ambiente, de las relaciones establecidas entre el ser vivo y su medio, entre su medio y el medio universal.

El desarrollo de las artes y las ciencias, el perfeccionamiento de los medios empleados para sustraernos al dolor o satisfacer nuestras necesidades, no son, en sí mismos, finalidades de la evolución. No son sino la consecuencia de la realización de la finalidad esencial, que es la adquisición de una conciencia cada vez más amplia, y todo progreso general está condicionado por el aumento previo del campo de la conciencia.

Todo ello no se niega, ni es posible negarlo, y sólo se precisa de una inducción perfectamente legítima para admitir, en la cumbre de la evolución y en la medida en que podemos concebirla, la realización de una conciencia verdaderamente divina, que comporte la solución” de todos los problemas (*De L'Inconscient du Conscient*, pág. 310).

Apenas si es necesario hacer notar cuán verdad es lo que señala el Dr. Geley cuando dice que los inventos y los perfeccionamientos industriales no representan el objeto de la evolución, sino que son solamente una consecuencia de la finalidad esencial de la evolución misma, que es la adquisición de una conciencia de sí mismo progresivamente más amplia, observación que es necesario no olvidar y que nos trae a nuestro tema, porque si es cierto que el objeto de la vida es la adquisición de una conciencia individual cada vez más amplia debemos reconocer, entonces, la verdad de lo que afirman numerosos pensadores, es decir, que en último análisis, “el fin de la vida es la individualización de las Almas”. Esta es la definición a que aludíamos más arriba al expresar nuestra intención de examinar más íntimamente el misterio de la vida para descubrir un principio más profundo, más fundamental, más original, que tuviese relación con la génesis misma de la vida. En efecto, todo contribuye a demostrar que el objeto fundamental de la existencia de la vida en los mundos diversos, es la *individualización de las almas* a través de su paso por la escala ascensional de todos los seres vivos hasta el hombre.

De ahí que todos los seres vivos, desde la mónada hasta el hombre, son indispensables para realizar la individualización de las almas, y que todas las individualidades humanas, inclusive las malas, son, a su vez, elementos necesarios para permitir que la humanidad alcance su gran fin. Esta idea está magistralmente expresada en una comunicación mediúmnica aparecida en el *American Journal of the S. R. P.* (1911, pág. 522). La médium era la señora Edith Wright. He aquí el pasaje a que nos referimos:

Toda existencia activamente vivida deja una huella imborrable en el mundo. Hoy, el mundo es diferente porque tú has vivido. La vida que parece más insignificante es con frecuencia, en realidad, la que más influye en la evolución del mundo. Y el recién nacido que no tuvo tiempo de aprender una sola palabra, que pasó a la otra vida dejando tan sólo un tierno recuerdo suyo en el corazón de su madre, ha hecho más para reformar la historia del mundo que todo cuanto pueda concebir el más profundo de nuestros pensadores. Jamás ha vivido un solo ser que no haya aportado su contribución útil al progreso del mundo. El malvado mismo es un instrumento de Dios para el progreso de Su reino. Gracias a las faltas se adquiere experiencia; la debilidad engendra la fuerza; el bien nace del mal; la miseria y el dolor hacen germinar la dicha; la ignorancia da lugar a la ciencia.

El director de *Light* insiste también en el hecho de que a la naturaleza no le importan las imperfecciones humanas, porque su fin esencial es el de la individualización de las almas, escribiendo:

No hay que olvidar que el verdadero fin por el que existe el Universo, es la individualización del espíritu humano. La naturaleza no pregunta: “¿Es bueno? ¿Es bello? ¿Tienes aspiraciones elevadas, ideales sublimes?” Solamente pregunta: “¿Es un hombre? ¿Es consciente de sí mismo? ¿Es capaz de amar, odiar, aprender, progresar? Si es así, todas las adquisiciones son asequibles para él (*Light*, 1923, pág. 360).

Una notable circunstancia es que el célebre poeta inglés John Keats había formulado ya, hace un siglo, una concepción análoga de la vida. En sus *Cartas*, publicadas recientemente por Sidney Colvin (Mac Millan), hállase el siguiente pasaje:

Si os place, llamad al mundo “el Valle donde se fabrican las almas” y comprenderéis entonces cuál es la finalidad del mundo. Yo digo: “Fábrica de Almas”, con intención de establecer una distinción entre el Alma y la Inteligencia. Puede haber inteligencia –chispa de lo divino– en millones de seres... pero no serán almas en tanto que no hayan

adquirido identidad, en tanto que no se conviertan en personalidades... ¿Y cómo pueden crearse las Almas? ¿Cómo esas “chispas divinas” podrán adquirir una identidad individual... de manera que posean un sello personal y especial para cada individuo? Resulta evidente que solamente podría conseguirse por medio de un mundo tal como el nuestro... Hay un sistema para la creación de espíritus. ¿No veis acaso la necesidad de un mundo de tribulaciones y dolores si quiere obtenerse que una inteligencia se transforme en Alma?

Bellas palabras en las que se halla difuminada una gran verdad, lo que viene en apoyo del dicho de “que la institución de los poetas se adelanta al tiempo”.

David Gow, analizando una conferencia científica en la cual el autor suponía la existencia de una Inteligencia consciente que se manifestaría por mediación de la materia, se expresaba así:

Rápidamente se supera el antiguo prejuicio según el cual la inteligencia no puede manifestarse sino por intermedio de un órgano cerebral. El universo entero es no solamente la expresión de la vida, sino también de la inteligencia. En el hombre, esta inteligencia es consciente de sí misma y el medio de alcanzar este resultado es precisamente el nacimiento del espíritu en el mundo de la materia, mientras que la idea de que el mundo es una escuela de educación y de prueba para adquirir experiencia, no representa sino una verdad secundaria, aunque importante. El gran fin de la Naturaleza al crear el mundo físico, tal como lo ha dicho muy bien recientemente un escritor, es el de “fabricar Almas”, Su educación podrá realizarse en nuestro mundo o en otra parte, porque los recursos de la naturaleza para ello son infinitos, una vez que el fin principal (es decir, la individualización de las Almas) ha sido conseguido (*Light*, 1918, pág. 253),

En el pasaje que acabamos de transcribir, se ha tenido cuidado de poner de manifiesto que el fin principal con que la Naturaleza ha esparcido la vida por doquiera, es el de “fabricar almas” y no proveer a su educación a través de un número adecuado de experiencias. Este último fin existe, sin duda alguna, y está lejos de carecer de importancia, pero es siempre secundario, puesto que la educación y elevación de las Almas se puede realizar tanto en la existencia encarnada cuanto en la desencarnada, mientras que la individualización de las almas no puede efectuarse sino por medio de su paso por el mundo de la materia. “Fabricar Almas”, esa es la verdadera y gran finalidad de la existencia de los mundos y de la vida.

Recordaré que, en este punto, han estado de acuerdo un gran número de pensadores independientes, así como videntes antiguos y modernos y personalidades de difuntos que se han comunicado mediúmicamente, lo que señala una convergencia de opiniones muy significativa.

Así, por ejemplo, el célebre vidente norteamericano Andrew-Jackson Davis, a la pregunta: “¿Cuál es el fin principal de la existencia terrestre?” responde: “La individualización del espíritu, a fin de prepararlo para la existencia espiritual” (*The Harbinger of Health*, pág. 3).

Las revelaciones de Swedenborg, así como las más recientes del Rev. Vale Owen, hacen también alusión al mismo asunto y Arthur Wood, comparando todos estos datos concluye en estos términos:

La concordancia de las enseñanzas a este respecto, aparece de manera notabilísima, tanto más cuanto que proceden de dos fuentes distintas. Son enseñanzas que abren un vasto campo de especulaciones muy importantes, ya que esta orientación del pensamiento nos permite percibir un resplandor de la Verdad acerca de la razón de la existencia de un universo material, a saber, que no solamente es una condición necesaria para la existencia del hombre, sino también, y sobre todo, constituye un factor esencial *para la existencia individualizada en el mundo espiritual*. En otros términos: el universo material es el instrumento necesario para crear la superestructura de todo ser “finito”, tanto encarnado como desencarnado; sin él no podríamos tener entidades humanas conscientes e individualizadas... (*Light*, 1921, pág. 518).

El profesor William Barret comparte este modo de encarar la finalidad de la vida, escribiendo:

Habría que llegar a la conclusión de que el gran fin de la vida es, por una parte, la edificación, la consolidación y la perpetuación de nuestra personalidad separada y distinta, y por otra parte, el despertar y desarrollar, en cada una de estas conciencias individualizadas, una Unidad interior, que enlace todas las personalidades separadas a una Personalidad Sintética más amplia, en la cual todos “vivimos, nos movemos y existimos”. En otras palabras: tener conciencia del hecho de que formamos una parte integrante y somos todos miembros de un Organismo Único... (*On the Threshold of the Unseen*, pág. 251).

Tengo ante mí otros diecisiete pasajes de obras de pensadores que llegaron por caminos distintos a las mismas conclusiones. Pero se parecen de tal manera a los que ya he citado, que no podría reprodu-

cirlos sin caer en la monotonía. Me limito, pues, a transcribir uno más en el cual el tema está más desarrollado que de costumbre y que puede servir, por consiguiente, de síntesis de lo que he expuesto hasta aquí:

El Sr. W. H. Evans trata en un profundo artículo (*Light*, 1923, pág. 137) el tema de la evolución y de la supervivencia del espíritu humano, llegando a las mismas conclusiones que los otros escritores ya citados. Entre otras cosas, dice:

El principio espiritual del hombre se desarrolla y se individualiza eternamente por medio de innumerables soles y planetas y gracias a la regular evolución progresiva de los minerales, los vegetales y los animales que se hallan representados y resumidos en la energía, la fuerza, la simetría, la belleza del cuerpo humano, de sus órganos, de sus funciones... El grandioso mecanismo del universo es, pues, un instrumento destinado a que logre su total cumplimiento esa gloriosa finalidad suprema; gloriosa y grande porque gracias a ella la estructura y la inmortalidad del espíritu humano quedarán fijadas de un modo inmutable. Los millones de soles y de planetas que pueblan el espacio infinito son, pues, los agentes subordinados y secundarios a los cuales la Naturaleza ha conferido la tarea sublime de producir y eternizar el espíritu humano... y cada reino de la naturaleza es un vasto laboratorio en el cual se aprestan los diversos elementos necesarios al desarrollo evolutivo, hasta cuando un núcleo de Vida ha sido puesto en condiciones de adquirir la conciencia de sí mismo. Y así como los reinos naturales son laboratorios encargados de cumplir ese gran fin, igualmente cada parte del organismo humano es un laboratorio en el cual el "cuerpo espiritual" se constituye y se perfecciona... El organismo humano cumple la tarea de conceder la individualidad a los elementos espirituales... lo que hace que, sin el proceso de la evolución terrestre, no habría almas individualizadas...

Me parece que lo que acabamos de exponer responde de una manera filosóficamente adecuada a la gran pregunta de: *¿Cuál es el objeto de la Vida?* Queda por contestar, desde un punto de vista psico-fisiológico, esta otra pregunta, secundaria pero importante, del *porqué del cerebro*. Es decir, ¿por qué la Inteligencia, chispa divina, necesita, para individualizarse, de un instrumento carnal y perecedero? Para resolver este problema, hay que darse cuenta de que, si se puede admitir que un alma individualizada contiene una chispa de la Inteligencia divina, no es menos cierto que esa chispa divina no logra individualizarse sino pasando del reino de lo "Absoluto" al de lo "Relativo", del dominio del "Noúmeno" al del "Fenómeno". De lo

que resulta que para ponerse en relación con las manifestaciones del universo fenomenal, la “chispa divina individualizada” necesita de un órgano *transformador* apropiado: el cerebro. En otros términos, la verdadera función del cerebro con relación al espíritu consistiría en poner a éste en condiciones de percibir, *en ciclos alternados de vidas sucesivas*, fracciones infinitesimales de la Realidad Incognoscible, de conformidad con un sistema de apariencias “fenomenales” que se manifiestan con modalidades siempre diferentes en cada mundo habitado del universo entero: apariencias fenomenales en medio de las cuales el espíritu está destinado a existir ya ejercitarse con vistas a su elevación ulterior en el conocimiento de la *realidad absoluta considerada a través de las modalidades infinitas en las cuales se transforman al manifestarse en lo relativo*.

Así se comprende la necesidad que tiene el espíritu de poseer un cerebro que representa el papel de órgano transformador de la realidad absoluta en formas de manifestaciones relativas y fenoménicas: función de infinita grandeza a que han sido destinados los innumerables mundos que pueblan el universo.

EN DEFENSA DEL ALMA

El espíritu humano contribuye a constituir la Gran Síntesis Divina, conservando intacta su propia individualidad psíquica, del mismo modo que los millares y millares de células que constituyendo el organismo humano contribuyen a crearlo, guardando íntegramente su individualidad propia.

EN DEFENSA DEL ALMA

En la serena e interesante discusión, en pro y en contra de la supervivencia del alma, que se ha desarrollado entre el profesor Carlos Richet y el profesor Oliver Lodge (*Proceedings of the S. P. R.*, 1924), el primero de ellos concluye así su argumentación en sentido contrario:

El antropomorfismo de los espiritistas es de análoga naturaleza. La verdad que existe bajo el velo misterioso que nos la oculta debe ser mucho más noble que la vieja idea que la hacía consistir *en la prolongación, más allá de la tumba, de nuestra miserable intelectualidad*²

En otro artículo polémico que ha aparecido en el *Journal of the American S. P. R.* (1923, pág. 472) el Dr. Richet hace observar también:

Es una cosa bastante miserable prolongar más allá de la tumba la pobre existencia intelectual que nos anima durante la vida; ni siquiera es atractivo.

Por su parte, el Dr. H. Jaworski, en *Psychica*, observa acerca del mismo tema:

El gran error de la estrecha hipótesis espiritista es querer prolongar en el Más Allá la ilusión de nuestra individualidad, *de nuestro pequeño yo* que, aunque necesario para la acción, es en sí mismo una tara y una limitación... (1921, pág. 146). El yo es una prisión, una tara, una inferioridad tal, que su prolongación en el Más Allá no puede ser sino una caída total. En mi opinión, no solamente los Espíritus no existen, sino que no pueden existir, porque ello sería querer admitir la persistencia de una sensación ilusoria como la de la inmovilidad de la tierra.

Pasemos ahora al doctor William Mackenzie, quien, en la revista *Luce e Ombra* (1924, pág. 345) se expresa así:

Pero para un gran número de “metapsiquistas”, es justamente esta ciencia de lo supranormal lo que constituye la “ciencia espiritualista” por excelencia. Cambio grosero de ideas que materializa y rebaja al “Espíritu” hasta hacer de él “los espíritus” y se imagina hallar *en esas pobres larvas ¡la “razón de la vida” y de las cosas!* Yo me he opuesto siempre a este cambio ilegítimo, pero (tal como ya debí preverlo) de nada sirve oponerse a los impulsos afectivos profundos del espíritu

² Advierto que la letra en cursiva es del mismo profesor Richet (N. del A.).

humano. El “Yo” tan importante de los “metapsiquistas” en cuestión, no puede admitir que un edificio cósmico grandioso, es decir, físico-psíquico-espiritual, pueda subsistir sin que justamente este minúsculo (perdón: este importante) “Yo” tenga que sobrevivir eternamente – ¡sólo él entre todas las partes caducas del eterno universo!–, o tal vez todavía ligado a su fiel cuerpecito “astral”. ¡Y en eso, sólo en eso, radicaría la verdadera “razón” de la vida!

En esta profesión de fe del doctor Mackenzie nótase una mezcla regularmente retorcida y enigmática de materialismo –espiritualismo–panteísmo, lo que hace que no se pueda decir con certeza qué es lo que cree exactamente este autor. En todo caso, impugna netamente la existencia y la supervivencia del alma, del mismo modo que la impugnan el profesor Richet y el doctor Jaworski, a quienes se une, por otra parte, para denigrar nuestra intelectualidad humana, que ellos consideran, los tres, miserable hasta un grado tal, que no se podría dejar de juzgar imposible y absurda su supervivencia a la muerte del cuerpo.

Pues bien; no será inútil recordar que un gran número de individualidades humanas han sabido elevarse a las más sublimes alturas del pensamiento. Me bastará citar a Sócrates, Platón, Pitágoras, Spinoza, Kant, Hegel, Herbert Spencer, en los dominios de la filosofía; Dante, Shakespeare, Goethe, Víctor Hugo, en las obras literarias; Miguel Ángel, Rafael, Rubens en el arte representativo; Wagner, Beethoven, Chopín, Rossini, Verdi, Gounod, en el arte musical; Galileo, Newton, Pasteur, en la ciencia; Bruto Menor, Jorge Washington, Mazzini, entre los grandes caracteres; un San Francisco de Asís, un San Vicente de Paul en la esfera del amor universal. Me parece que ante tanta profundidad de pensamiento, tal esplendor de genio, tal grandeza moral, es injusto, es absurdo, es casi un delito cubrir de vituperios a la individualidad pensante.

En segundo lugar, los que denigran a la intelectualidad humana parecen olvidar que la evolución biológica de la especie se desarrolla de un modo paralelo a su evolución psíquica, lo que determina que ambas formas de elevación simultánea del individuo a través de los siglos nos lleven necesariamente a prever la llegada de una época en la cual la especie humana podría ser considerada como literalmente divinizada en comparación con la humanidad embrionaria actual. El mismo profesor Richet lo ha reconocido en un artículo magistral que ha publicado en los *Annales des Sciences psychiques* (enero 1905), en el que escribió:

No es probable que la especie humana se haya extinguido dentro de cien mil años; y entonces, ¿qué será de la inteligencia humana? ¿Cuáles no serán sus recursos? No podemos hacer una idea, ni aproximada. Sin embargo, ese tiempo llegará. ¡Y habrá hombres! ¡Existirá la ciencia! Y nuestra ciencia de hoy será tan inferior a esa ciencia de entonces, como los conocimientos de un chimpancé son inferiores a los de un doctor en ciencias. (Pág. 21)

En estas condiciones, es natural que hagamos notar lo siguiente: Puesto que se reconoce el espléndido porvenir que espera a la individualidad pensante, ¿por qué no concederle el tiempo necesario para alcanzar su objetivo tan glorioso? ¿Por qué vituperar en su embrión al ángel del futuro? ¿Es ello razonable?

Esto, desde el punto de vista de la evolución psíquica en el medio terrestre. Si se quisiera aplicar la misma ley evolutiva a la sublimación espiritual de la individualidad pensante desencarnada, sería necesario inferir que ella está destinada a alcanzar las cimas supremas de la perfección divina. Yo repito, pues, a nuestros opositores: Conceded al espíritu humano tiempo para evolucionar; honrad, en lugar de denigrar a la individualidad pensante humana en la que se revelan *en potencia* las facultades de un arcángel. Reconoced, en suma, que vuestro razonamiento, que pretende que el espíritu humano sería indigno de sobrevivir a la muerte del cuerpo porque todavía no es un ángel, equivale al razonamiento de quien discutiese al embrión el derecho a la vida, con el engañoso pretexto de que todavía no es un hombre.

Por otra parte, la grandeza y el valor del espíritu humano, en sus relaciones con el universo, pueden demostrarse por los métodos científicos del análisis comparado. En efecto, debe reconocerse que así como el átomo, último elemento de la materia cósmica constituye, a pesar de su pequeñez infinita, la unidad fundamental con la cual se ha creado el universo físico, así el espíritu humano individualizado, átomo de la conciencia cósmica, representa la unidad fundamental con que se ha creado el universo espiritual.

Puede añadirse que la ciencia prueba que, en último análisis, dos únicos elementos existen en el universo: Fuerza y Materia, que pueden reducirse, a su vez, a esta otra fórmula, más profunda aún: Espíritu y Átomo.

El espíritu humano individualizado tendría, pues, en el campo del universo psíquico, ese valor fundamental que el átomo representa en

el universo físico. Lo que es lo mismo que afirmar que, si es verdad que el espíritu humano, igual que el átomo, parece infinitamente insignificante frente a la grandeza inconmensurable de la Síntesis Psíquica que llena por sí misma el universo, es decir, Dios, no es menos verdad, sin embargo, que constituye el elemento fundamental de la Síntesis Psíquica Infinita, tal como el átomo constituye el elemento fundamental de la Síntesis Física Universal que es su complemento.

Y siendo así, deberemos argüir que, de igual modo que el átomo físico contribuye a crear el universo de la materia en todas sus manifestaciones múltiples, solamente como binándose en agregados atómicos cuantitativamente distintos, *sin dejar de conservar intacta su individualidad*, así el átomo espiritual, es decir, el espíritu humano, contribuye a constituir las innumerables jerarquías comprendidas en la Gran Síntesis Psíquica Infinita, por el simple hecho de agregarse a otras unidades espirituales que tengan afinidad con él, *sin dejar de conservar intacta su individualidad psíquica*.

Si quisiéramos recurrir a un parangón, podríamos decir que el espíritu humano concurre a constituir la Gran Síntesis Divina, conservando intacta su propia individualidad psíquica, del mismo modo que los millares y millares de células que constituyen el organismo humano concurren a crearlo, guardando siempre íntegramente su individualidad propia. Ya lo he dicho en otra de mis obras: Todo converge a demostrar que el Microcosmo-Hombre, síntesis suprema polizoico-polipsíquica en el dominio de lo Relativo corresponde al Macrocosmo-Dios, síntesis trascendental polipsíquica y Una, eterna, incorruptible, infinita, en el dominio de lo Absoluto.

El profesor Oliver Lodge sostiene el mismo concepto filosófico, ilustrándolo también con una analogía tomada del organismo humano, haciendo observar:

¿Cómo deberemos, entonces, concebir la Divinidad? A este respecto, la analogía del cuerpo humano en sus relaciones con los glóbulos blancos de la sangre es muy instructiva. Cada uno de esos glóbulos es un ser vivo, provisto de los poderes de locomoción y de asimilación y, bajo ciertas condiciones que se están estudiando actualmente, también de reproducción por división. Los glóbulos blancos cumplen funciones importantísimas para nosotros, constituyen una parte esencial de nuestra propia existencia. Nuestra salud y el servicio de “seguridad pública” del organismo, dependen, sobre todo, de su actividad como “fagocitos”.

Ahora, supongamos que uno de esos glóbulos blancos estuviese dotado de inteligencia y preguntémosnos qué concepción se formaría del universo. Sin duda que, en primer lugar, se vería inclinado a observar el medio en que se halla y a meditar acerca de las innumerables ramificaciones de canales donde pasa su vida y las aventuras que le suceden en el curso de sus viajes. Y si tuviese tendencias filosóficas, se vería llevado a especular acerca de la existencia de un Ser misterioso del que probablemente forma parte él mismo, así como toda la raza de sus semejantes; sin duda alguna, una especie de divinidad inmanente, de la cual ellos constituirían las unidades elementales, un Ser que comprende en sí mismo todo cuanto existe, o, mejor dicho, todo lo que ellos alcanzan a concebir, un Ser a cuya existencia contribuirían y cuyos fines servirían y compartirían. El glóbulo blanco pensante podría llegar hasta aquí legítimamente en sus especulaciones, y hasta aquí estaría en la verdad. Pero si pretendiese ir más lejos, si entrase audazmente en el campo de las negaciones, sosteniendo que el aspecto inmanente del universo donde viven, se mueven y existen sus semejantes, es el único aspecto del universo y que fuera de su especie de seres vivos no existen otras criaturas, otras formas de sensibilidad, otros métodos de locomoción, otras inteligencias y otras finalidades, entonces caería en un enorme error. Un ser semejante se hallaría en la imposibilidad absoluta de formarse una idea cualquiera acerca de las múltiples finalidades y de las actividades tan diversas de la personalidad "Hombre", que él contribuye a crear. Y aun menos del universo tal como se manifiesta al hombre, aun cuando éste, a su vez, no sea sino una parte insignificante del universo.

Todas las analogías adolecen de algún defecto, pero no por ello son menos útiles, y la analogía que acabo de exponer contribuye mucho a iluminarnos. Efectivamente, nosotros formamos también parte integrante de esas mismas actividades que operan el bien y el mal; como los glóbulos blancos, tenemos la facultad de ser útiles o inútiles, de remediar o de dañar en los límites de nuestra actividad. A pesar de nuestra insignificancia, se nos pide nuestro concurso; somos a este respecto tan necesarios como lo es a nuestro organismo el concurso de esos humildes glóbulos blancos que contribuyen a mantenerlo en buena salud, ayudándolo a vencer las enfermedades que lo amenazan. En resumen: nosotros somos los "glóbulos blancos" del Cosmos y formamos parte integrante de una Divinidad inmanente, a cuyas finalidades servimos también (*Raymond*, págs. 385 y 386).

El profesor William Barrett comparte este punto de vista, escribiendo:

Habría que concluir en que el gran objeto de la vida es, por un lado, la edificación, la consolidación y la perpetuación de nuestra personalidad

separada y bien distinta, y por otro lado, el despertamiento y el desarrollo, en cada una de dichas conciencias individualizadas, de una Unidad interior que une todas las personalidades distintas a una Personalidad Sintética más vasta en la cual “vivimos, nos movemos y existimos todos”. En otros términos: habría que llegar a la conclusión de que constituimos todos una parte integrante de un Organismo Único y que todos somos miembros de él (*On the Threshold of the Unseen*, pág. 251).

Podría objetárseme que estas ideas no son, en suma, más que conceptos filosóficos. Sí; pero se trata indudablemente de especulaciones filosóficas racionales y legítimas, fundadas en el criterio de la analogía. De cualquier modo, no dejan de ser susceptibles de alcanzar su objeto, que es, especialmente, neutralizar otra especulación filosófica, infinitamente menos legítima, porque no está de acuerdo con los resultados de la analogía: la empleada por el doctor Mackenzie para justificar filosóficamente su opinión acerca de la extinción final del espíritu humano.

Dicho esto, y volviendo al tema esencial de este trabajo, concluyo haciendo observar que en todo caso las negaciones categóricas de la supervivencia del alma y la terminología denigrante contra el espíritu humano, son absolutamente vanas e inútiles desde el punto de vista científico, de conformidad con el cual nada puede servir para la solución del gran problema, fuera de las inducciones y deducciones sacadas de los hechos. En este orden de ideas, es lo cierto que, si las investigaciones metapsíquicas llevan algún día a la demostración experimental de la supervivencia del espíritu humano, los adversarios más intransigentes tendrían también que aceptar ese veredicto inapelable pronunciado por los hechos y, en consecuencia, no podrían dejar de sentirse confundidos y humillados por los imprudentes calificativos que hoy emplean. Pues bien; la llegada de ese día es no solamente cierta para todos los que examinan los fenómenos mediúmnicos sin ninguna idea preconcebida de escuela, sino que podría añadirse que es tal vez inminente. Entre los hechos que permiten esperarlo así, se puede citar la publicación reciente en Inglaterra de un libro en el cual se hallan expuestas manifestaciones mediúmnicas de tal manera decisivas que debemos llegar a la conclusión de que perseverando en este orden de investigaciones, se logrará establecer pronto una base científica inquebrantable para la hipótesis espírita.

Así, pues, si no se olvida que los hechos pueden resolver el formidable enigma, cosa que no conseguirán jamás las divagaciones más

o menos absurdas acerca de la miserable pequeñez del espíritu humano, lo mejor que podemos hacer es exponer y comentar algunos de los experimentos a que nos referimos, que proporcionarán un tema de profundas meditaciones a nuestros contradictores.

Los experimentos a que acabo de aludir se hallan en un libro que lleva por título: "*Towards the Stars*" ("Hacia las estrellas") debido a la pluma del conocido escritor inglés Sr. Dennis Bradley, autor que se ha hecho notar por su carácter orgulloso e indomable que resalta en todos sus escritos y les da un sello completamente característico. Se deduce de esta obra que el Sr. Bradley no tenía ninguna intención de consagrarse a las investigaciones metapsíquicas, a las que ha sido llevado por una simple coincidencia.

Había ido a Nueva York por asuntos de negocios y uno de sus amigos lo invitó a su villa de Arlena Towers, localidad situada en los alrededores de Nueva York. Ese amigo, de origen ruso, llamado José de Wyckoff, se ocupaba en realizar experimentos mediúnicos y propuso a su huésped que asistiera a una sesión. El Sr. Bradley aceptó de buen grado, aunque a simple título de pasatiempo, y el Sr. de Wyckoff telegrafió a un médium llamado Jorge Valiantine invitándolo a ir a su casa durante una semana. He aquí cómo describe al médium el Sr. Bradley:

No me había encontrado nunca con un médium, ni falso ni auténtico; la presencia de Valiantine me interesó, pues, no porque creyese que pudiera serme útil de alguna manera, sino únicamente como "tipo". Tenía el aspecto de uno de esos provincianos americanos habituales, desprovistos de rasgos característicos personales; era sencillo y correcto tanto en su persona cuanto en sus pensamientos. Observé que era incapaz de expresarse de un modo desenvuelto; no tardé en descubrir, por otra parte, que no había seguido ningún curso regular de estudios ni había leído mucho. No logré observar en él nada sospechoso: ni conversaciones evasivas, ni preguntas hábilmente planteadas, ni falsas efusiones confidenciales, todos los detalles que distinguen a los charlatanes y a los estafadores. El tono de su voz era corriente, su acento era agradable, aunque denunciaba al provinciano americano. No he entrado en todos estos detalles sino porque revisten un gran valor en relación con lo que voy a contar.

Dada la importancia de las manifestaciones obtenidas por Bradley, es útil añadir algunas otras referencias sobre el médium Jorge Valiantine. Es un hombre de unos 50 años y tiene una pequeña industria bien

encaminada que le proporciona lo necesario para vivir. Hasta la edad de 43 años no se había ocupado nunca de espiritismo e ignoraba que poseyese facultades mediúnicas, aunque entre sus ascendientes hubo individuos dotados de lucidez y de automatismo en el dibujo.

Le ocurrió una vez que, hallándose durmiendo en un hotel, oyó sonar fuertemente tres golpes en la puerta de su habitación. Encendió la luz y fue a abrir, pero no había nadie. Volvió a acostarse, pero pronto otros tres golpes sonaron en el tabique que separaba su cuarto del corredor. Se apresuró a abrir de nuevo la puerta, pero, no hallando a nadie, llamó al mozo del hotel, quien vino y le aseguró que no había pasado nadie por el corredor. Cuando regresó a su casa, aludió una vez Valiantine a este curioso incidente en presencia de una señora que se ocupaba de investigaciones mediúnicas y le instó a improvisar en seguida una sesión, con su mujer y ella misma. Él aceptó; pronto, por medio de golpes dados en el interior de la mesa, se manifestó el espíritu de uno de sus parientes más cercanos, quien le aconsejó continuar las sesiones y construir una especie de portavoz, anunciándole que podía llegar a ser un poderoso médium de “voz directa”. Lo que, en efecto, sucedió.

Paso ahora a resumir algunos episodios sucedidos en el curso de las dos primeras sesiones a las que asistió el Sr. Bradley.

En la primera sesión estaban presentes el Sr. de Wyckoff, su sobrino José Dasher, el Sr. Dennis Bradley y el médium.

El Sr. Wyckoff había colocado dos bandas luminosas alrededor de las muñecas del médium, con el fin de que en la oscuridad, se pudiesen percibir todos sus movimientos. Los experimentadores se sentaron formando un círculo, a una distancia de cinco pies (alrededor de un metro y medio) uno de otro. En el centro se colocaron dos bocinas de aluminio, de bordes luminosos.

Transcurrieron unos veinte minutos sin ninguna manifestación; el Sr. Bradley comenzaba a aburrirse bastante y experimentaba un cierto sentimiento de malestar a causa de la situación en que se hallaba y que él consideraba ridícula para una persona seria, cuando sin ningún aviso previo, se produjo la primera manifestación. Bradley lo narra en los siguientes términos.

De repente se hizo un silencio profundo y, de una manera fulminante, tuve la sensación de la presencia en la pieza de una “quinta”

persona. Inmediatamente después, se oyó una gentil voz de mujer que me llamó con mi nombre; era una voz vibrante de emoción que resonaba a unos tres pies, a mi derecha. Yo permanecía frío, tranquilo, observador impasible. No respondí a la llamada más que con un monosílabo: “Sí”. Entonces mi nombre fue pronunciado dos veces más con una tonalidad cada vez más vibrante de emoción, como si la que hablaba se viese oprimida por la alegría de volver a ver a un amigo adorado, después de una larga separación. Entonces repliqué: “Sí, soy yo, en efecto. ¿Qué desea usted?” Y la voz dijo: “¡Oh! ¡Te quiero siempre, te quiero siempre!” Estas palabras fueron pronunciadas con una expresión de ternura y de belleza electrizante. Yo había oído las mismas palabras pronunciadas por algunas de las más grandes actrices del mundo, pero nunca las había encontrado demostrando tan desbordante efecto... Pregunté:

“Dígame quién es usted. Dígame su nombre” –“Annie”, me respondieron. Entonces comprendí; pero no había sido vencido aún mi escepticismo; volví a preguntar: “Dígame su apellido”. Y la voz replicó: “Soy Annie, ¡tu hermana!”

Entonces se entabló una larga e impresionante conversación entre nosotros, y no en voz baja sino con un tono natural y claro, como entre dos personas que viven en este mundo. Nuestra conversación animada vibraba con una extraordinaria alegría, mientras se hallaban presentes tres testigos escuchándolo todo. Ninguno de ellos conocía los sucesos de mi familia y menos aún podía saber que yo había tenido una hermana que había muerto hacía diez años. Cuando vivía, tenía una voz suave, que modulaba con una cautivadora dulzura. Su modo de hablar era muy notable por su elegancia. Era, en verdad, una purista en la elección de las palabras. No he hallado nunca una mujer que hablase de un modo tan selecto. Pues bien; cuando diez años después de su muerte se manifestó mediúmicamente, se expresó con su misma manera distinguida de hablar que le era peculiar en vida; cada sílaba que pronunciaba se caracterizaba por esas particularidades inimitables de inflexión y de entonación que la distinguían entre mil. Hemos hablado así durante un cuarto de hora, acerca de temas íntimos que sólo nosotros conocíamos... Después la interrogué acerca de su existencia espiritual y me respondió que era literalmente feliz en el maravilloso ambiente en que vivía; pero, al propio tiempo, era dichosa en aquel momento, por haber logrado hallar el medio de hablarme. Hablamos tan largamente de lo que nos concernía que en cierto momento nos dimos cuenta de que éramos poco discretos para con los otros asistentes que esperaban su vez... Antes de separarnos le pregunté si volvería al día siguiente por la noche, y así me lo pro-

metió. Nos saludamos por última vez y, antes de partir, me envió un beso sonoro que todo el mundo oyó...

Había asistido, en aquel momento, al más grande suceso de mi vida. Y sin embargo, desde que reconocí la voz de mi hermana, todo me había parecido extrañamente natural; desde el preciso momento en que *creí*, lo supranormal se había hecho para mí natural y lógico. Toda duda se había eclipsado ante una prueba semejante. Mi espíritu había comprendido súbitamente que lo que hasta entonces me había parecido imposible, era, por el contrario, perfectamente posible...

Es ridícula cualquier sospecha de ventriloquia. Nadie en el mundo hubiera podido imitar la voz límpida, neta, suave, que me había hablado. Nadie en el mundo hubiera podido hablarme con los detalles característicos que eran propios de Annie, con su acento personal, con la extraordinaria pureza de lenguaje que la distinguía mientras vivió y, en fin, demostrar un conocimiento tan perfecto de todos los sucesos de un pasado particular suyo y mío...

Este es el episodio mediúmnico que bastó para convencer al Sr. Bradley, quien reconoce que su conversación era perfectamente racional y justificada. Como quiera que sea, no resultaría inútil agregar que las posteriores manifestaciones de la misma personalidad mediúmnica fueron todavía más extraordinarias que la primera, de tal modo, que constituyen un conjunto complejo y completo que puede considerarse efectivamente como decisivo, en sentido teórico, en la demostración científica de la existencia y supervivencia del espíritu humano. En apoyo de lo que afirmo, no será superfluo citar la opinión de un experimentador eminente acerca del valor teórico de ciertas manifestaciones mediúmnicas por “voz directa”.

El profesor Gudmundur Hannesson, al relatar sus propios experimentos con el médium islandés Indridi Indridason, hace observar lo siguiente:

Algunos experimentadores afirman haber oído hablar voces mediúmnicas con una tonalidad y un acento de tal manera característicos que ya no cabía duda alguna de que la que hablaba era la voz del difunto que se decía presente. Claro está que si se pudiese comprobar esté hecho de un modo indudable, no habría necesidad de buscar otras pruebas en apoyo de la hipótesis espírita. Dada la génesis del fenómeno, así como su realidad objetiva, resultaría que la continuidad de la vida después de la muerte del cuerpo quedaría con ello definitivamente establecida. Debo declarar, no obstante, que, por lo

que toca a mi experiencia personal no he podido nunca comprobar un caso de esta naturaleza que pudiese considerarse satisfactorio (*American Journal of the S.P.R.* 1924, pág. 265).

Parece, en efecto, evidente que si se pudiese comprobar el fenómeno de una “voz directa” hablando con el tono y las inflexiones de voz que eran peculiares del difunto que dice hallarse presente, este fenómeno equivaldría, entonces, a una prueba de identificación personal tan patente e incontestable, que no debiera pedir nada mejor en apoyo de la hipótesis espírita. Pues bien; si ello es así, ¿qué debiera decirse en las circunstancias que acabamos de citar, en que la personalidad comunicante no sólo se ha expresado constantemente con las características inimitables de entonación y de inflexión vocales que la distinguían en vida, sino también ha conversado con la misma manera de hablar selecta y elegante que mientras vivía la diferenciaba entre mil y ha hablado acerca de asuntos familiares íntimos que solamente conocían el señor Bradley y ella? Si la prueba de identificación personal por medio de la “voz directa” es suficiente para dar validez a la hipótesis espírita, esta confirmación se había alcanzado y sobrepasado en el caso del cual nos hemos ocupado, ya que la prueba en cuestión se halla en él completada por todos los detalles accesorios, de manera que puede satisfacer todas las exigencias de la investigación científica. Y, por el momento, tomemos nota de todo esto, mientras proseguimos ocupándonos de exponer hechos, porque en los experimentos de Bradley se hallan pruebas más decisivas todavía que la que hemos transcrito más arriba.

Después que “Annie” se hubo retirado, se manifestaron sucesivamente otras cinco entidades espirituales y cada una de ellas se expresó con un tono de voz y un acento distintos de las demás. Voy a señalar, entre ellas, al espíritu de un ministro protestante cuyo fallecimiento había acontecido hacía algunos días, sin que lo supiera ninguno de los presentes, y que proporcionó excelentes pruebas de su identidad personal.

A propósito de estas manifestaciones, el Sr. Bradley hace notar:

Las voces resonaban por todas partes, dentro de la habitación. A veces venían del techo o de los más apartados rincones del cuarto. Otras veces resonaban a veinte pies de distancia del médium, por lo que sería absurdo hablar de ventriloquia... Por otra parte, una circunstancia basta para descartar definitivamente esta hipótesis: a menudo Valiantine hablaba al mismo tiempo que las “voces” espíritas.

La segunda sesión fue aún más extraordinaria que la primera. Uno de los experimentadores, Joseph Dasher, había regresado a Nueva York y para reemplazarle, el Sr. de Wyckoff propuso que tomaran parte en la sesión su cocinera y el ayudante de cocina, con el fin de ver si se producía algo nuevo. La cocinera era española, y hacía sólo unos meses que estaba en los Estados Unidos; ignoraba el inglés.

Así que la sesión comenzó, se oyó la voz de uno de los “espíritus-guías” del médium, que dirigió unas frases de saludo a Bradley. Después, hablando a todos en general, anunció la presencia de varios espíritus que deseaban comunicarse con los asistentes.

Luego se manifestó “Annie” y la conversación con su hermano, que se prolongó por espacio de más de veinte minutos, fue más extraordinaria, más maravillosa e impresionante que la primera vez; pero he de renunciar a resumirla, pues he de limitarme a exponer incidentes que constituyan pruebas diversas de identificación personal. Paso, pues, a transcribir la manifestación que se refiere a la cocinera, Anita Ripoll. He aquí cómo la describe el Sr. Bradley:

Lo que siguió nos dejó estupefactos. Cuando la bocina tocó a Anita Ripoll, ésta dio un grito. Entonces una voz salió de la bocina, repitiendo con acento emocionado: “¡Anita, Anita!” –Ella respondió: “¡Sí, sí!” –y la voz, hablando en español, añadió: “¡Soy yo, soy yo quien está aquí!” –La cocinera llena de alegría exclamó entonces: “¡Es él! ¡Es José, es José!” –Era el espíritu de su marido. Se entabló entonces una conversación animada, voluble, agitada, en lengua española, entre la mujer y su marido fallecido. Yo no podía seguirla porque no sé el español, pero todos podíamos comprender los sentimientos que se expresaban... El Sr. Wyckoff seguía el diálogo sin perder palabra y en cierto momento se mezcló en la conversación hablando en español. En seguida Anita y José cambiaron de lenguaje y comenzaron a hablar en su dialecto, una derivación del vasco, según supimos después... De vez en cuando, José se dirigía al Sr. de Wyckoff en español, y continuaba luego hablando con Anita en su jerga, incomprensible para todo el mundo. La conversación continuó así durante diez o doce minutos, en los que estas almas sencillas agotaron, probablemente, cuanto tenían que decirse...

Tal es la parte sustancial del episodio, cuyo alto valor teórico en favor de la interpretación espírita de los hechos no escapará a nadie.

En las sesiones que el Sr. Bradley celebró posteriormente en Londres, con el mismo médium, se produjeron otras conversaciones

mediúmnicas análogas a las que acabamos de exponer, en lenguas y dialectos que el médium ignoraba y, especialmente, un diálogo en lengua italiana (con el senador Marconi, inventor de la telegrafía sin hilos), otro en alemán, dos en ruso, otro en dialecto galés. Me limitaré a citar este último incidente, que es teóricamente tan fehaciente y probatorio como el que he referido más arriba.

A la decimocuarta de las sesiones a que aludimos asistía, entre otros, un novelista y artista dramático conocido, el Sr. Carador Evans, nacido en el País de Gales. En un momento dado, una “voz” que el Sr. Carador mismo describe como surgiendo del suelo, entre sus pies, se colocó frente a él, y le dirigió la palabra. He aquí la primera parte del diálogo que comenzó entonces:

Carador Evans: –¿Tienes algo que decirme?

La voz: –Sí.

Carador Evans: ¿Quién eres?

La voz: –Tu padre.

Carador Evans: –¿Tú, mi padre? ¡No es posible! ¿Cómo has sabido que yo estaba aquí? ¿Quién te lo ha dicho?

La voz: –Lo he sabido por Eduardo Wright.

Carador Evans: –Bien; escucha, si tú eres mi padre, *siaraduwch a fy yn eich* (háblame en nuestro dialecto).

La voz: –*Beth i chwi am i fy ddweyd?* (Dime de qué quieres que te hable).

Y este extraordinario diálogo, mantenido en un dialecto muy difícil e incomprensible hasta para los ingleses, prosiguió en el mismo tono de interrogatorio judicial. El escéptico Carador preguntó al espíritu que se comunicaba que dijese sus nombres y su apellido; después, que le indicase en qué país había fallecido; luego, que describiese la casa que había habitado en vida y el paisaje que rodeaba la casa, etc. Y el espíritu le respondía rápida, minuciosa y verídicamente de tal modo que el escepticismo del preguntón acabó por desaparecer.

¿Qué pruebas mejores que éstas pueden desearse en favor de la interpretación espírita de los hechos? No resultará, pues, ocioso que nos detengamos a analizar más profundamente su valor teórico.

El malogrado Dr. Geley, que estaba convencido de lo bien fundada

que estaba la idea espírita, juzgó, sin embargo, que debía hacer a los contradictores algunas concesiones teóricas importantes que, en realidad, no tenía ninguna razón para hacer. Admitió que si, como hipótesis, se postula la existencia de una “criptestesia omnisciente” que no ignorase nada de cuanto ha acaecido en el pasado, ni de cuanto acontece en el presente, entonces la hipótesis espírita se hace superflua, puesto que ya no sería necesaria para explicar los casos de identificación personal de difuntos. Añade que, en todo caso, en semejantes circunstancias, ya no sería posible distinguir los casos verosímiles espíritas de aquellos que no lo son. Pues bien; estas concesiones deben anularse, puesto que los hechos las contradicen. Existen categorías de manifestaciones mediúmnicas que de ningún modo podrían explicarse por la “criptestesia omnisciente”, es decir, que no podrían explicarse ni aun postulando la existencia en los médiums de una percepción supranormal completa de las más pequeñas e insignificantes vicisitudes presentes y pasadas de todos los individuos que hayan vivido y vivan en este mundo; entre las categorías de hechos que resisten esta prueba, está la que ocupa ahora nuestra atención. En efecto, ¿cómo explicar con la hipótesis aludida los casos de personalidades de difuntos que hablan por “voz directa” en la lengua o el dialecto que empleaban en vida, lengua o dialecto ignorados por el médium y los asistentes? La “criptestesia”, es decir la “clarividencia”, puede solamente explicar el hecho de un médium que *comprendiese* todas las lenguas, todos los dialectos que le hablasen, porque en este caso se puede hacer observar, y no sin razón, que el médium “clarividente no comprende palabras, sino que lee en el cerebro del consultante el pensamiento que éste expresa con palabras. El pensamiento, en su modalidad psico-física de “estado vibratorio” de la substancia cerebral (o del “periespíritu”) debe ser idéntico, naturalmente, en todas las personalidades pensantes, fuera de toda relación con la lengua que la individualidad pensante utiliza para traducirlo al exterior. Resulta de ello que este fenómeno es susceptible de explicarse enteramente por la lucidez del médium, sin que sea preciso recurrir a otras hipótesis. Pero la cosa es totalmente distinta cuando se trata de un médium –y, mejor aún, de una “voz directa” independiente del médium– que *conversa* largamente con el experimentador en la lengua o el dialecto de éste, que el médium ignora. Efectivamente, si para *comprender* una lengua no es necesario que el médium la conozca, puesto que le basta con percibir el pensamiento del agente,

no ocurre lo mismo cuando se trata de *hablar* una lengua; en este caso, es absolutamente necesario que el médium *conozca* la lengua, puesto que la “clarividencia” es impotente para hacérsela conocer; y esta impotencia deriva del hecho de que la *estructura orgánica* de una lengua es una *pura abstracción* que no se puede *ver* ni *percibir* en el cerebro de los demás.

No se podría sostener lo contrario sin admitir que el médium, gracias a su propia lucidez, es capaz de aprender de repente el valor de todos los vocablos de una lengua, así como todas las reglas gramaticales para agruparlos, disponerlos y coordinarlos en frases racionales; variarlos según su género, número, declinación y conjugación, y, en fin, que es capaz de aprender instantáneamente la fonética especial de cada palabra, el acento característico de cada lengua, de cada dialecto, las innumerables locuciones e idiotismos que constituyen el “fermento viviente” de cada idioma. ¿Es esto posible? Yo no puedo imaginar que se hallen contradictores que, con el fin de evitar otra explicación sencilla y natural que se deduce espontáneamente de los hechos, se atrevan a sostener una tesis tan extravagante y absurda.

En conclusión: los casos en que las personalidades mediúmnicas hablan en lenguas que ignora el médium y conversan por “voz directa”, no pueden explicarse de otra manera que recurriendo a la hipótesis espírita, es decir, reconociendo que las personalidades mediúmnicas que se manifiestan son efectivamente los espíritus de los difuntos que afirman hallarse presentes.

Por consiguiente, debemos convenir en que el Dr. Geley ha hecho excesivas concesiones a los contradictores, concesiones que deben considerarse nulas e inexistentes, puesto que carecen de fundamento y son contradichas por los hechos.

Desde otro punto de vista, yo quisiera hacer todavía otra pregunta a ciertos contradictores que nunca pierden ocasión de proclamar que los defensores de la hipótesis espírita fundan sus inferencias en circunstancias de hecho puramente supuestas, pero que no son, en realidad, sino actos de fe. Yo quisiera preguntarles si las consecuencias deducidas de episodios como los que hemos expuesto, en los que las personalidades de difuntos se expresan en voz alta, con el tono, la inflexión, el acento que las caracterizaban en vida y se expresan en su dialecto, que el médium ignora, conversando acerca de sucesos íntimos de su existencia terrestre, yo quisiera preguntarles si las conse-

cuencias deducidas de tales incidentes, repito, deben considerarse gratuitas, arbitrarias, semejantes a un acto de fe, o si se trata, por el contrario, de consecuencias sencillas, normales, evidentes, rigurosamente lógicas, necesarias, científicamente inquebrantables. Me parece, en resumen, que en este debate, se debieran invertir los valores representativos de las partes adversas, colocando a los acusadores en el banquillo de los acusados, y viceversa. Porque son en realidad nuestros contradictores los que se entregan a los actos de fe, alimentando la ilusión de que, para demostrar lo bien fundada que está su tesis, basta con acuñar sonoros neologismos. Alucinados por los preceptos de escuela, acusan a los demás de emplear argumentaciones sofisticadas, cuando son ellos mismos quienes las usan.

Para terminar con la tesis que mantenemos, recordaremos que no se pueden explicar tampoco con hipótesis naturalistas (telepatía, clarividencia, criptestesia) los casos de “apariciones de difuntos en el lecho de muerte”, las de “telequinesia en el momento y después de la muerte” ni las de “música trascendental en el lecho de muerte y después de la muerte. Las razones por las cuales no se explican con las mentadas hipótesis me parecen de tal modo claras, que es inútil que las expongamos aquí. De todos modos, remitimos a los que deseen informarse sobre este asunto, a las monografías en las que he discutido las manifestaciones a que nos referimos.

Volviendo a nuestro tema, me doy perfecta cuenta de que para no rebasar los límites de un artículo, he de renunciar a otras citas de las sesiones del Sr. Bradley con el médium Valiantine, sin poder extenderme tampoco sobre las otras sesiones, muy notables por cierto, que celebró con las médiums Sra. Osborne Leonard, Sra. Esther-Smith y Sra. A. V. E., sesiones en las que se encuentran incidentes tan extraordinarios como los que hemos citado. En conjunto, las experiencias del Sr. Bradley contienen una nueva serie de casos de identificación espírita, muy superiores a las mejores obtenidas con la Sra. Piper, sin excluir los famosos de “Georges Pelham” y de “Bennie Junot”. Los casos más extraordinarios y completos de la serie son los de “Annie” y de W. A. (este último era un pariente cercano del Sr. Bradley) en los cuales las personalidades espirituales se manifestaron por tres médiums diferentes y a cada cambio de médium repitieron al Sr. Bradley lo que habían dicho y hecho anteriormente con auxilio de otros médiums, con el fin de demostrar su identidad inmutable a pesar

del cambio de los instrumentos de que se servían para comunicarse. Hay que hacer notar que, cuando se produjeron los incidentes que relatamos y que son tan importantes teóricamente, el Sr. Bradley no era conocido de los médiums con los cuales experimentaba y a los que se había presentado con un nombre falso.

Se sorprendió, pues, vivamente, cuando comprobó que las mismas personalidades espirituales se le manifestaban, aumentando aun más la sorpresa cuando las citadas personalidades le mostraron que se acordaban de lo que habían dicho y hecho en América y en Londres por intermedio de otros médiums.

Me decido a citar aún dos cortos incidentes, que se prestan a importantes consideraciones.

La personalidad mediúmnica de W. A. en el curso de una de sus primeras manifestaciones por intermedio de la médium Sra. Osborne Leonard, recordó minuciosamente los sucesos íntimos de su propia existencia terrestre, con el fin de probar a Bradley su identidad personal. Después de haber descrito asimismo los últimos instantes de su vida, ella añadió: “Después de mi fallecimiento, he intentado en varias ocasiones abrir las puertas de las habitaciones... ¿Me habéis oído caminar por la casa? Entre otras cosas, he intentado despertar a Mabel (la esposa de Bradley) abriendo la puerta de la habitación donde dormía, pero en seguida me arrepentí, al pensar que podría asustarse tomándome por un ladrón”. He aquí los comentarios de Bradley:

Poco después del fallecimiento de W. A., mi señora dormía en la habitación contigua a la que yacía el difunto. De pronto, en la noche, la puerta de su cuarto se abrió de par en par. Mi esposa bajó de la cama y la cerró con cuidado, pero poco después, la puerta se abrió otra vez. La cerró de nuevo mi señora, sacudiéndola fuertemente para asegurarse de que estaba bien cerrada. Al volver a acostarse, dejó la luz encendida, pues la repetición del hecho la había puesto un poco nerviosa. Pero nuevamente se abrió la puerta, por tercera vez, en plena luz. Mi esposa quedó fuertemente impresionada, y tuvo que echar mano de todo su valor para bajar de la cama otra vez e ir a cerrar la puerta (Página 53).

Este incidente es interesante desde distintos puntos de vista. En primer lugar, es importante por sí mismo, dados sus rasgos característicos de telequinesia en relación con los casos de muerte, habiéndose producido después de una muerte, rasgos característicos que lo hacen inexplicable con cualquier hipótesis naturalística de las imaginadas

hasta aquí para explicar los fenómenos mediúmnicos, incluso la de la “criptestesia omnisciente”. En honor a la exactitud, haré notar que un contradictor de talento, el Sr. René Sudre, ha intentado resolver ésta dificultad explicando que en estos casos podía tratarse de un impulso telepático que se habría producido en el momento de la muerte, percibido subconscientemente por algunos de los asistentes y que luego habría surgido de la conciencia de algunos de éstos transformándose y objetivándose en un fenómeno de “telequinesia”. Como puede verse, esta presunta explicación, que representa el esfuerzo supremo de los opositores en defensa de su tesis, no podía ser más forzada, gratuita y complicada. Y la contradicen también los hechos, como ya se lo probé al Sr. Sudre en un artículo publicado en la “Revue Spirite” y en el cual cito un caso en el que el fenómeno telekinésico se produjo ocho días después del fallecimiento del agente, fallecimiento ignorado del perceptivo, y se realizó de acuerdo con una promesa hecha por el difunto cuando vivía, comenzando tres días después de la muerte y repitiéndose durante cinco días consecutivos, hasta el momento en que el agente logró cumplir íntegramente el fenómeno prometido en vida como prueba de su presencia espiritual. Apenas si es preciso hacer notar cómo estas circunstancias, unidas a la fantástica inverosimilitud, absolutamente gratuita, de la hipótesis del Sr. Sudre, bastan para excluir su tesis de entre el número de las científicamente legítimas. No es, pues, cosa de detenerse a discutirla ahora.

Me limito a repetir que incidentes tales como éstos son inexplicables con las hipótesis naturalistas imaginadas hasta aquí para explicar los fenómenos mediúmnicos, lo que les confiere una gran importancia teórica. Por lo que se refiere al episodio en cuestión, es éste tanto más interesante e instructivo cuanto que se completa de un modo inesperado por el hecho de que el espíritu del difunto cuyo cadáver yacía en su lecho de muerte en aquella misma casa, en el momento en que el fenómeno se produjo, aseguró después ser el autor, lo que contribuye admirablemente a confirmar la tesis que nosotros sostenemos.

En segundo lugar, el episodio que nos ocupa es interesante también, porque las manifestaciones de telequinesia que se verificaron algunas horas después de la muerte de W. A. son análogas a las que se producen en las “casas encantadas” (ruido de pasos que van y vienen por la casa, puertas que se abren, etc.) cuando el espíritu de W. A. explica haberlos provocado con el fin de señalar a sus parientes su

presencia espiritual, explicación que confirma lo que ya hemos afirmado en nuestra obra sobre “*Los fenómenos de encantamiento*”, a propósito de la vulgaridad de ciertas manifestaciones de “duendes”, vulgaridad que, en nuestra opinión, se explica por el hecho de que los espíritus de los difuntos se manifiestan como *pueden*, no logrando siempre manifestarse como quieren. Ahora bien; las explicaciones que espontáneamente proporcionó la personalidad mediúmnica de W. A. confirman nuestra suposición, ya que conducen a la conclusión de que la personalidad de que se trata, deseando señalar a los que le rodeaban su presencia espiritual, empleó el expediente de abrir una puerta y hacer oír el ruido de sus pasos, porque no disponía de otros medios para lograr su objetivo, es decir, que se manifestó como *pudo*, y no como *quiso*. Esto sentado, lógicamente se llega a la otra conclusión de que los fenómenos de esta naturaleza, tal como se producen en las “casas de duendes”, no son en modo alguno absurdos “y sin objeto”, como nuestros opositores afirman para inferir el origen subconsciente de dichos fenómenos. Por el contrario, colocándonos en el punto de vista de quien los produce, son intencionales y racionales, porque revisten el valor de “señales” por medio de las cuales los difuntos se esfuerzan en llamar la atención de los vivos.

El incidente que acabamos de transcribir no es el único en su género que se halla en la obra de Bradley. Hay otro análogo que le sucedió a él mismo durante el período de sus primeros experimentos con Valiantine. Así describe las impresiones que experimentó una noche, apenas hubo terminado de acostarse:

Algunos segundos después, percibí una sensación especial. Me sentía cada vez más liviano sobre la cama, como si alguien intentase levantar mi cuerpo. Naturalmente, yo atribuí el hecho a un simple trabajo de mi imaginación. Sin embargo, la curiosa sensación persistía y yo la analizaba íntimamente, asombrado de que hubiese podido pensar un solo instante que la cosa fuese real. Y, no obstante, a pesar de todo, el movimiento continuaba, acompañado de un sentimiento de ligereza del cuerpo. La cama empezó entonces a balancearse suavemente; parecía como si se esforzasen en levantarla un poco del suelo. Observé serenamente este movimiento durante más de cinco minutos. Tenía la sensación de la “presencia” de alguien en la habitación, pero de alguien invisible a mis ojos... (Pág. 22).

Es importante señalar que el Sr. Bradley no habló a nadie de las singulares sensaciones que había experimentado. Al día siguiente,

celebró una sesión con Valiantine durante la cual se manifestó “Annie”, que dijo, riendo, a su hermano:

La noche pasada he venido a buscarte mientras estabas sólo. Tú no te has dado cuenta, pero yo observé que mi presencia te ponía nervioso. ¿Por qué? No debes impresionarte nunca por mi presencia. Yo te quiero tiernamente y sólo deseaba demostrarte que estaba a tu lado.

Este segundo incidente es, en esencia, idéntico al primero, con la diferencia, no obstante, de que el primero se identifica con las manifestaciones de “encantamiento”, mientras el otro se parece más a lo que se llama “visitas de difuntos”. Pero los dos derivan de las mismas causas y ambos son igualmente sugestivos e instructivos. En efecto, en este último ejemplo, asistimos al hecho de una hermana fallecida que, queriendo señalar a su hermano su propia presencia espiritual, emplea manifestaciones telequinésicas a su alrededor, lo que muestra bien a las claras que por su parte, tuvo que contentarse con lograr su objeto como *pudo*, ya que no lo consiguió como *hubiese querido*.

Desde el punto de vista que ahora nos interesa queda, pues, plenamente demostrado que los fenómenos de telequinesia en el momento de la muerte y después de ella (cuadros que se caen, relojes que se paran, puertas que se abren, ruidos de pasos en la casa, objetos que cambian de lugar, etc.) son efectivamente provocados por los espíritus de los difuntos, con el fin de señalar a sus parientes su presencia espiritual. Por consiguiente, queda igualmente demostrado que los fenómenos análogos que se producen en las “casas encantadas” lejos de ser “absurdos y sin objeto”, son, a su vez, provocados por entidades espirituales con la misma intención de dar a conocer su presencia en el lugar. Esto es especialmente exacto en los casos de los fenómenos de “encantamiento” de orden objetivo o físico; los otros, de orden subjetivo (generalmente de forma visual) pueden explicarse según los casos, por la hipótesis telepático-espírita, es decir, que procederían del pensamiento del difunto, dirigido con ansiosa persistencia hacia el medio donde vivió y donde murió trágicamente, determinando en los sensitivos que habitan la casa alucinaciones telepáticas verídicas de su propio fantasma yendo y viniendo por la casa, tal como él *cree hacer* en ese momento.

Me detengo aquí en las citas, juzgando haber proporcionado una idea más que suficiente del valor teóricamente excepcional del libro del Sr. Dennis Bradley. Invito, pues, a los opositores de la hipótesis

espírita, a que renuncien a sus argumentaciones relativas a la pequeñez miserable del espíritu humano y a que se procuren la obra citada con el fin de someter a un análisis imparcial y severo los principales casos de identificación espírita que en ella se relatan, esforzándose por aplicar todas las hipótesis naturalistas de que dispongan o inventando otras nuevas si las antiguas son inferiores a la tarea que se trata de cumplir. Estoy convencido que sus esfuerzos no tendrán resultado positivo.

El Sr. Bradley termina su libro con la siguiente frase:

“Mis investigaciones han alcanzado una conclusión: ya no tengo necesidad de creer, *ahora sé*”.

Eso es; y todos los que lean su libro se harán eco de sus palabras. Por eso pienso que la situación estratégica de nuestros contradictores se vuelve cada vez más desesperada.

REMINISCENCIAS DE UNA VIDA ANTERIOR

Este caso elimina de golpe todas las explicaciones con las que la psicología oficial se esfuerza en dar cuenta de los fenómenos de “paramnesia”, desde la teoría de la “falsa memoria” hasta la sugestión, la autosugestión, las “coincidencias fortuitas” y la “telestesia durante el sueño”.

REMINISCENCIAS DE UNA VIDA ANTERIOR

Hace tres años, el ingeniero José Costa publicó en Italia obra notabilísima de asunto metapsíquico titulada: *Di lá dalla Vita* (“Más allá de la Vida”), en la cual las pruebas de la supervivencia del alma extraídas de los fenómenos mediúmnicos se apoyan con argumentos muy impresionantes, basados en las ciencias físicas y químicas.

La obra se divide en cuatro partes, la primera de las cuales contiene las experiencias personales del autor, que consisten principalmente en el sentimiento de lo “ya visto” y “ya sentido” (*paramnesia*), sentimiento que había experimentado desde su infancia en presencia de cuadros, de ambientes, de paisajes que le acontecía ver, y que con frecuencia se le reprodujeron en la adolescencia y en la juventud. Por fin un día, a consecuencia de una visión que había tenido, consiguió descubrir algunos documentos históricos particulares, gracias a los cuales vio agruparse en un conjunto coherente y orgánico las distintas impresiones de *paramnesia* que había experimentado, conjunto que se presentaba con el aspecto de una serie de acontecimientos vividos por un personaje de la Edad Media.

Sin duda alguna; las impresiones de *paramnesia* experimentadas por el autor convergen hacia la demostración del hecho de que él mismo había sido dicho personaje, y constituyen una excelente prueba en este sentido. En efecto, este caso elimina de un golpe todas las explicaciones con las que la psicología oficial se esfuerza en dar cuenta de los fenómenos de *paramnesia*, comenzando por las diferentes teorías acerca de la “falsa memoria” y terminando por las hipótesis de la sugestión, de la autosugestión, de las “coincidencias fortuitas” y de la “telestesia durante el sueño”, estados psicológicos y supranormales que no hubieran podido producir una convergencia de impresiones subjetivas perfectamente acordes con los acontecimientos vividos por un oscuro y olvidado personaje de la Edad Media.

El caso era, pues, digno de ser tomado en consideración y estudiado. Pero contenía algunos episodios muy románticos que, aunque no tenían nada de inverosímil en sí, podían dejar perplejo al investigador. Por ello había evitado analizarlo y darle una mayor divulgación.

No obstante, uno de mis amigos que conocía personalmente al Sr. José Costa desde su niñez y que había seguido con interés los inci-

dentos recogidos por dicho autor en su obra, no cesaba de asegurarme que mi perplejidad era injustificada, que el ingeniero Costa era un hombre positivo, serio y probo, y que, por otra parte, había escrito varias obras muy apreciadas sobre construcciones navales y matemáticas superiores. Finalmente, viendo que no lograba disipar mis dudas (que no tenían, en verdad, otra causa que la impresión personal ya indicada), mi amigo se presentó un día en mi casa con el Sr. Costa. Yo quedé impresionado. Me hallé en presencia de una especie de gigante de unos cuarenta años con un tórax de Hércules y un aspecto marcial de antiguo guerrero que armonizaba extrañamente con sus recuerdos de una existencia anterior, en la que había sido un caballero medieval. Una vez pasado mi primer sentimiento de sorpresa, hice recaer la conversación sobre el caso del que era protagonista, rogándole me proporcionase informes sobre el asunto. Comenzó, con un semblante frío y mesurado, a contarme la historia de sus reminiscencias referentes a un pasado muy antiguo que había vivido. Como sucede generalmente en tales circunstancias, la palabra sincera y convencida del narrador no tardó en disipar las perplejidades que había despertado en mí la lectura de los sucesos a que nos venimos refiriendo. Por esta razón, me creo en el deber de relatar brevemente el caso del ingeniero José Costa. Este relato ocupa unas cincuenta páginas en el libro, por lo que me veo obligado a resumido.

El autor comienza de esta manera:

Los hechos que voy a relatar tienen algo de fantástico e irreal. Y, sin embargo, son verdaderos. Pero están de tal forma en oposición con las ideas de la mayoría de los humanos, con las teorías científicas más arraigadas, que yo mismo no pude sustraerme a un trabajo de análisis para juzgar los desacuerdos entre mi razonamiento, orientado según las ideas preconcebidas de la vida normal, y el testimonio de mis sentidos, que no podían haber cumplido el prodigio de transformar imágenes alucinatorias en sucesos que se realizaron efectivamente.

No ignoro que al publicar estos hechos, debo esperarme la incredulidad y la crítica poco benévola y agresiva. Pero sé, por otra parte, que si yo callase, ocultaría hechos que proyectan extraños haces de luz sobre el *misterio del Más Allá*. Entre el temor a esos comentarios y el deber de contribuir al desarrollo de las investigaciones en un campo científico de inmenso interés para la humanidad, no he titubeado. La crítica debiera, cuando menos, tener en cuenta mi acto de valor...

Las primeras vagas sensaciones de lo “ya visto”, de lo “ya sentido”, surgieron en la mente del “autor durante su primera infancia, que pasó en la pequeña ciudad de Gonzaga, cerca de Mantua. Le sucedía esto delante de un pequeño cuadro que pendía en una de las paredes de su casa y que representaba Constantinopla y el Bósforo. El Sr. Costa escribe:

Tengo presente todavía la profunda emoción despertada en mí por un antiguo cuadro que representaba un paisaje oriental, en la luz resplandeciente de una puesta de sol, que encendía como relámpagos en las altas torres y las cúpulas doradas de una ciudad que se extendía de un modo pintoresco en la orilla de un golfo maravilloso... Este asunto despertaba en mí mil recuerdos de lugares, de hechos de tiempos antiguos, grabados en mi memoria con formas que se esfumaban cuando yo intentaba retener la imagen y penetrar más profundamente en su recuerdo. En vano me esforzaba en buscar los lugares y los acontecimientos estrictamente relacionados con la imagen, a la cual se asociaba el recuerdo de una multitud de hombres de armas, de naves desplegando al viento sus velas y sus enseñas, de luchas, de choques de armas ensordecedoras, de montañas, de vastas extensiones de agua esfumándose en el horizonte en líneas indefinidas, de colinas verdes, cubiertas de flores, descendiendo suavemente hacia verdaderos espejos de agua, entre luces y colores que fundían armónicamente los medios tonos del cielo, de la tierra y del agua.

¿Qué eran esas imágenes tan vivas, tan claras, tan presentes en mi memoria y que contrastaban tanto con los paisajes y la tranquilidad prosaica de la llanura de Mantua? No se referían ciertamente a hechos, a sucesos de mi vida presente, ni a relatos ni lecturas, pues yo no sabía todavía ni siquiera dar el nombre apropiado de navíos, de lagos, de guerreros a las impresiones que me aparecían en esa forma simbólica. No pude hacerlo sino algunos años más tarde comparando con descripciones o figuras esas imágenes *que yo conocía sin haberlas visto nunca ni en la realidad ni en dibujo*.

El Sr. Costa hace notar que estas vivas evocaciones espirituales de su infancia provocadas por el cuadro colgado de la pared se hubieran disipado probablemente con la edad si una extraña sucesión de ideas no hubiera enlazado el cuadro de Gonzaga con la ciudad de Venecia, cuando su padre lo llevó allá. Tenía entonces diez años y describe así sus impresiones:

Desde mi llegada, el eco tan característico de las voces y sonidos de la ciudad, apagándose en el agua de los diques y los canales, evocó en mi espíritu una impresión análoga que, al parecer, me había sorprendido ya en el mismo lugar y de la misma manera, mucho *tiempo antes...*

Y la sensación que le produjo este sentimiento de lo “ya visto”, de lo “ya sentido” fue tan fuerte que durante la noche se convirtió en un sueño muy vivaz:

Soñé que llegaba a Venecia, después de un largo recorrido por ríos y canales, por entre pantanos y valles, en barcas llenas de una multitud de hombres armados como en la Edad Media. Yo estaba en medio de ellos, pero con aspecto de un hombre de unos treinta años, encargado del mando. Después, una estancia en Venecia; luego, el embarque en galeras sobre las cuales flotaban estandartes azules con la imagen sagrada de María en medio de estrellas doradas y banderas rojas con la gran cruz blanca de Saboya.

Sobre el barco insignia, más pintado y decorado que los demás, un personaje al que todo el mundo rendía pleitesía, me hablaba con una afectuosa cordialidad. Después, la extensión infinita del agua hasta los límites del horizonte, el desembarco en una tierra fértil, bajo un cielo límpido de cobalto. Un nuevo embarco y otro desembarco en una playa desnuda y desierta, dominada por una ciudad defendida por altas torres, llenas de guerreros. Luego el asalto, la batalla, la lucha feroz, la victoria, nuestra irrupción en la ciudad conquistada. Finalmente, la marcha de nuestro ejército hasta la ciudad de las cúpulas doradas, en el golfo maravilloso. Era ésta la ciudad pintada en el cuadro de Gonzaga: Constantinopla, tal como la he vuelto a ver después...

El autor observa que estas imágenes del sueño no eran fantasías ni creaciones nuevas; que constituían los acontecimientos que desde su primera infancia evocaba en su espíritu el cuadrado que colgaba de la pared, acontecimientos que, en el sueño, se habían coordinado en una sucesión lógica, cronológica, *como debieron producirse en la realidad*. Su mentalidad infantil fue de tal modo impresionada que creyó, sin más, haber soñado la verdad. En este sentido le habló a su padre, quien se esforzó en sacarle de la cabeza estas fantasías.

Ya adulto, el Sr. Costa sintió nacer en él una verdadera pasión por las armas, las salas de armas, las justas gimnásticas y los picaderos de equitación. Entró en el ejército en calidad de voluntario. Poco después fue nombrado subteniente en el regimiento de caballería

“Piemonte-Reale”, de guarnición en Verceil. De inmediato se encontró en su medio natural, “como si retomase costumbres y tendencias adquiridas en un pasado lejano”.

Un día, atraído por una solemne y misteriosa armonía sagrada, entró en la iglesia de San Andrés, en Verceil, y se sintió invadido por el sentimiento profundo de una humillación sufrida en otros tiempos. Y se pregunta:

¿Por qué he traspuesto con tanto temor el umbral de la iglesia, como si la voz de un arrepentimiento ya lejano se hubiese despertado en mí? ¿Por qué he contemplado con un doloroso recuerdo las tres majestuosas naves, los macizos pilares, con su corona de ligeras columnas? ¿Había entrado yo antiguamente en esta iglesia? Estos mármoles solemnes, ¿habían sido testigos de una ceremonia análoga por la cual mi alma se había sentido mucho tiempo oprimida? Yo no supe entonces, ni durante algún tiempo aún, explicarme lógicamente este recuerdo, así como tampoco otras reminiscencias que despertaban en mí paisajes y sucesos, con la nitidez y el colorido de las cosas reales...

El autor continúa diciendo que las urgentes necesidades de la vida no tardaron en imponerse a él, llevándolo a renunciar a toda investigación que no tuviese como resultado inmediato el mejoramiento del bienestar de su familia. En estas condiciones, las misteriosas reminiscencias que se despertaban en él, de armas y batallas, de galeras y ciudades orientales, se hubieran borrado bien pronto al contacto con la realidad, si otros acontecimientos, en sucesión incesante no se hubieran injertado y yuxtapuesto a las sensaciones de la primera juventud, llevándolo a meditar seriamente acerca de su posible origen. Pero el Sr. Costa era un positivista materialista, lo que impedía que su pensamiento tuviera una orientación justa. Finalmente le aconteció un incidente en el que estuvo a punto de perder la vida, que modificó radicalmente sus convicciones filosóficas.

Una noche que se hallaba estudiando preparándose para los exámenes del diploma universitario, lo venció el sueño y cayó sobre la cama determinando, sin saberlo, la caída de la lámpara de petróleo que no se apagó, y comenzó a producir una densa humareda asfixiante. La atmósfera se hizo irrespirable y el durmiente no hubiese tardado en sucumbir a la asfixia si no le hubiera sucedido un extraño incidente. Se encontró súbitamente de pie en medio de la habitación, perfectamente despierto, pero separado del cuerpo, que contemplaba

delante de sí, acostado, insensible, sobre el lecho. Y no solamente lo veía exteriormente, sino también interiormente, divisando sobre todo los plexos nerviosos y los vasos sanguíneos que palpitaban con un ritmo acelerado. Él se sentía libre, ligero, etéreo, pero al mismo tiempo oprimido por una angustia inexpresable; era que estaba todavía ligado al cuerpo material que en aquel momento sufría horriblemente. Pensó en levantar la lámpara y abrir la ventana, pero se dio cuenta de que no tenía acción sobre la materia. Pensó entonces en su madre que dormía en el cuarto de al lado, e inmediatamente, a través de la pared, la vio dormida en su cama, rodeada de una atmósfera radiante que no tenía su propio cuerpo. La llamó, pidiéndole socorro y vio cómo se despertaba sobresaltada, bajaba rápidamente de la cama y corría a abrir la ventana, como si ejecutase automáticamente la última exhortación expresada por él. La vio en seguida salir de su cuarto, precipitarse en el de su hijo, abrir la ventana y buscar a tientas el cuerpo inanimado. Al contacto con las manos maternas, el espíritu exteriorizado del hijo se sintió atraído hacia su propio cuerpo, que se vivificó, despertando a la vida poco después, con gravísimos síntomas de asfixia.

Este fenómeno de “bilocación” que le sucedió a él mismo, en el cual su espíritu había abandonado el cuerpo que pudo contemplar a distancia, como si ya no le perteneciese, mientras permanecía viviendo y más consciente que antes, sirvió para convencer al paciente de la existencia y de la supervivencia del alma y, por consiguiente, sirvió para orientar correctamente su pensamiento en la búsqueda de una hipótesis capaz de explicar las sensaciones de lo “ya visto” y de lo “ya sentido” que le renovaban en él con tanta frecuencia. Alude a todo esto en el siguiente pasaje:

Jamás experimenté tan fuertemente la sensación de vivir como en el momento en que me sentí separado del cuerpo. Pregunté a mi madre poco después del incidente y me confirmó que primeramente abrió la ventana de su cuarto como si experimentase ella misma una sensación de abogo, antes de acudir en mi auxilio. Pues bien; el hecho de *haberala visto hacer eso, a pesar del muro que nos separaba, mientras yo estaba acostado, inanimado, sobre la cama*, excluía, sin más, la hipótesis de una alucinación o de una pesadilla durante un sueño que transcurría en circunstancias fisiológicamente anormales... No me quedaba ninguna otra deducción lógica que suponer que mi “Yo” pensante había obrado fuera de mi cuerpo... Había tenido, pues, la prueba evidente de que *mi alma se había separado del cuerpo durante la existencia corporal*, había tenido, en suma, la prueba de la

existencia del alma y hasta de la inmortalidad. Porque si es verdad que se desprendió, bajo la influencia de circunstancias especiales, de la envoltura material del cuerpo, actuando y pensando fuera de él, es natural que vuelva a encontrar después de la muerte la plenitud de su libertad y el desprendimiento de todo lazo material.

Una vez admitida esta explicación (que confirma la lógica de los hechos), yo vi por fin disiparse a mis ojos la niebla que envolvía las causas y los orígenes de esos recuerdos lejanos y esfumados que caracterizaron mi infancia y mi juventud. Debían remontarse a otra existencia, a otra personalidad, a otro cuerpo que mi alma había tenido sabe Dios en qué época y en qué circunstancias. Yo debía guardar un vago recuerdo de esos acontecimientos, en virtud de una disposición psíquica especial. Esta disposición debía ser bastante rara, tan rara como los fenómenos que yo había comprobado en mí mismo...

Como se ha podido ver, el incidente de la “bilocación” que había experimentado el Sr. Costa, al proporcionarle la convicción de la existencia y de la supervivencia del alma, le hizo pensar por vez primera que sus impresiones subjetivas, tan frecuentes y vívidas, procedían de recuerdos de una existencia vivida con anterioridad. Se trataba, sin embargo, de una suposición puramente inductiva que para que tuviese un valor demostrativo, hubiera exigido que el autor hubiese logrado descubrir en el pasado un personaje al que se adaptasen todos los sucesos que correspondían a las sensaciones diversas y complejas de lo “ya visto” y de lo “ya sentido” que emergían tenazmente de su subconciencia. Tamaña empresa parecía prácticamente irrealizable. Y, sin embargo, ciertas circunstancias la hicieron posible.

Un día el Sr. Costa, con dos amigos, los señores Alberico Barbiano de Belgioioso d’Este y Eneas-Silvio Piccolomini, partieron para una excursión en el valle de Aosta. Señalemos que la presencia del primero de dichos señores, descendiente de una antigua familia patricia, poderosa en la Edad Media, constituye otra curiosa coincidencia en el conjunto de los hechos, pues el nombre de uno de sus antepasados desempeña un importante papel en los acontecimientos históricos que corresponden a las impresiones “paramnésicas” experimentadas por el autor.

La visita a algunos de los famosos castillos antiguos del valle de Aosta constituyó una nueva fuente de impresiones de lo “ya visto” y de lo “ya sentido” para nuestro sensitivo. Por eso se pregunta:

¿Por qué razón misteriosa experimenté un sentimiento de tristeza infinita y de repulsión a la vista del castillo de Ussel, como si un vago recuerdo de dolorosos sucesos estuviese estrechamente vinculado a sus muros?.. Entre los resplandores del crepúsculo vespertino me parecía ver manchas de sangre en las murallas de Ussel. Las ruinas del castillo, la tristeza y el silencio del lugar me oprimían el alma como un imborrable remordimiento...

El castillo de Fenis, mucho mejor conservado que el de Ussel, no despierta en el Sr. Costa sensaciones subjetivas y lo observa y estudia artísticamente en sus interesantes detalles.

No así el castillo de Verrés, que le llena de reminiscencias del pasado, vibrantes de emoción, de pasión, de pena. Decide volver a visitarlo de noche, solo, al claro de luna. En esas circunstancias se desarrolla el episodio culminante de sus recuerdos de una vida anterior vivida por él.

Este castillo fue edificado en 1380 por Iblet de Challant, el personaje más ilustre de la familia de Challant, consejero del “Conde Verde” (Amadeo VI) y del “Conde Rojo” (Amadeo VII), de la Casa de Saboya.

Mientras nuestro sensitivo se hallaba en el interior del castillo, se desencadenó una furiosa tormenta. El Sr. Costa observa a propósito de ello:

Una extraña lucidez de espíritu parecía oponerse a aquellas profundas tinieblas, haciéndome entrever, en medio de los relámpagos las salas restauradas con su antiguo esplendor; las bóvedas rotas se componían, se encendían los fuegos en los inmensos hogares de las chimeneas, la lluvia se confundía con la alegre charla de varias voces reunidas pasando la velada en torno al fuego. No lamenté que la lluvia violenta me hubiese impedido regresar a Verrés, porque no hubiera querido sustraerme a aquel raudal de imágenes y visiones.

La fatiga terminó por vencerlo y se quedó dormido en el gran salón en ruinas del segundo piso. He aquí cómo describe el autor la escena de su despertar:

Quise levantarme. Tenía los miembros entumecidos por la prolongada inmovilidad, y el cuerpo trémulo de escalofríos a causa del frío nocturno, cuando la sombra más oscura de la pared no alumbrada por la luna, pareció iluminarse con un resplandor fosforescente. Yo fijé mis ojos, muy abiertos, en la misteriosa luz que parecía restringirse y condensarse, aumentando la intensidad, de manera que

pronto adquirió el aspecto de una forma material cada vez más visible en la sombra negra. En la luminosidad difusa, se dibujaba lentamente un cuerpo humano, con los contornos progresivamente más pronunciados, destacándose en medio de una aureola más tenue que lo rodeaba, hasta que todos sus átomos se condensaron en una imagen de mujer, aún imprecisa en su forma espectral, pero perfectamente visible... Yo estaba como clavado al suelo, con los miembros paralizados por la emoción... Pero fue sólo un instante. La razón se sobrepuso en seguida al vil temor de la materia, y me levanté. Me pareció entonces que aquella forma espectral se empequeñecía, al dominarla yo con mi talle gigantesca. Fui hacia ella para saber quién era, para aprehenderla como materia, para obligarla a descubrir el misterio de su aparición. Pero al avanzar, quedé deslumbrado por la luz de la luna que me dio en pleno rostro. Al penetrar de nuevo en la sombra de donde había salido el fantasma, ya no vi nada. ¿Había soñado? ¿Sería una alucinación originada en el sueño y que la vivacidad de la impresión había retenido durante ese estado de semi-sueño en el que me había sumido la campana de San Gil? Pero ¡no!... en el umbral de la puerta entreveo la forma del fantasma que me invita a seguirle. Yo lo persigo tropezando en las ruinas, en los peldaños de la escalera, mientras la figura parece planear, rozando apenas el suelo; De pronto se vuelve hacia mí desde el rellano de la escalera, y la veo allá arriba, sobre el arco de círculo que une los dos muros, muy bella en su imagen olímpica, como si fuese la estatua del ideal... Ya no será más un fantasma para mí: es el recuerdo de un amor profundo lo que persigo en este momento. Pero ¿quién era ella? Yo lo ignoraba y poco me importaba saberlo. Sentía un divino deseo inmaterial, el sublime sentimiento espiritual que se desprende al contacto de dos seres que se han amado. Yo la veía ahora maravillosa con sus grandes ojos que debí haber contemplado cien veces en un éxtasis divino, con su boca sonriente, que yo debí haber besado tantas veces, uniendo nuestras almas...

Cuando me acerqué a ella, en la contemplación extática de su etérea figura, tuve la impresión de oír que me dirigía la palabra, aun cuando debió tratarse, sin duda, de la transfusión de su pensamiento, de su alma en la mía. Y me habló así: “¡Iblet! He querido verte antes del gran día en que la muerte divina nos reunirá otra vez, para que extraigas de mi recuerdo la fe que se aleja de ti de modo que te sea cada vez más duro el lazo de la vida... Lee, cerca de la torre de Albenga, algunos recuerdos de tu pasado terrestre... Guarda el recuerdo de mi rostro y de mi alma que fue buena y que ha hallado en la tuya, Iblet, el alma gemela que espero en la hora solemne...”

La vi entonces esfumarse, disolverse, perderse en una luz cada vez más diáfana... Podía repetir, palabra por palabra, lo que ella me había dicho, pero no conseguía acordarme ni del timbre ni del sonido de su voz, ni siquiera concebir de qué modo aquella voz había llegado hasta mí... Aquel nombre de Iblet por el cual me había llamado, ¿era, pues, el nombre con que me designaban en una existencia anterior, de la que yo guardaba tan vagamente el recuerdo? El Destino, ¿me había conducido a aquel lugar, que había sido mi morada? Las impresiones que yo había experimentado a la vista del castillo de Verrés ¿no parecían confirmar, acaso, esta suposición?

Tales son los pasajes esenciales del relato de la visión notabilísima que se apareció a nuestro autor en el castillo de Verrés. La persuasión de haber visto un fantasma auténtico quedó firmemente grabada en él durante varios días. Luego su razón comenzó a rebelarse a esta idea, al propio tiempo que se rebelaba asimismo a admitir la posibilidad de una alucinación. Finalmente llegó a las siguientes conclusiones, en sí mismo, que parecen incontestables:

“Que yo haya visto realmente un fantasma o que haya soñado verlo, no es menos cierto que *yo sé ahora, sin que nadie me haya hablado de ello, y menos aún que yo lo haya leído*, –que hay en la torre de Albenga documentos en los que podría enterarme de muchas cosas acerca de la vida de un tal “Iblet de Challant”.

Una vez aclarado este punto, sólo le restaba al Sr. Costa trasladarse a Albenga, cerca de Savona, para asegurarse de lo que había de realidad en la manifestación de Verrés.

Nuestro autor fue allí, se hizo presentar al propietario de la torre de Albenga, el Marqués Del Carretto di Balestrino, y le pidió autorización para efectuar algunas investigaciones en los archivos de la familia, con el pretexto de haber sido informado de que en aquellos archivos particulares se conservaban algunos documentos relativos a cierto Iblet de Challant por el cual se interesaba desde el punto de vista histórico. El Marqués Del Carretto le concedió amablemente la autorización solicitada, y no tardó en hallar un fajo de documentos que se referían, efectivamente, a la casa de Challant. Pudo averiguar que en 1694, estos documentos fueron sacados furtivamente del Castillo de Issogne y depositados en los archivos del Marqués Del Carretto, en Albenga.

Entre aquellos papeles, halló una biografía de Iblet de Challant, escrita hacia 1450 por Bonifacio II, Señor de Fenis. El Sr. Costa observa a propósito de esto:

Tocaba, así, otra prueba material evidente de la realidad de los acontecimientos de aquella inolvidable noche del castillo de Verrés. Aquellos sucesos no eran, pues, productos de mi fantasía alucinada, puesto que me habían llevado a poner mano en documentos que nadie en el mundo, fuera del marqués Del Carretto (cuya existencia yo ignoraba), podía conocer ni decirme dónde se hallaban, nadie que no estuviese provisto de un poder trascendental, como la aparición del castillo de Verrés...

He aquí los principales pasajes de la vida de Iblet de Challant, en la que se observan concordancias impresionantes con las sensaciones de lo “ya visto” y “ya experimentado” que había sentido el autor, quien escribe:

Iblet de Challant fue Señor de Montjovet, San Vicente, Challant, Graines, Verrés e Issogne. Nació en 1330 y estuvo durante su juventud en la Corte del Conde de Saboya Amadeo VI, el “Conde Verde”, que tuvo por él una estima y una amistad fraternales. Comenzó entonces un episodio novelesco que pesó considerablemente sobre la naturaleza y los acontecimientos de su vida. Según parece, una ardiente pasión recíproca unió los corazones de Iblet y de Blanca de Saboya (*¿el fantasma de Verrés?*), hermana del Conde Verde, pero ¿qué razones de Estado llevaron a Amadeo VI a romper aquel amor, concediendo la mano de su hermana al feroz Duque de Milán, Galeas Visconti? Ello explica la vacilación de Iblet para casarse con Jacqueline de Châtillon que su padre, Juan de Challant, le había destinado, y su decisión de acompañar al Conde Verde en la expedición de Oriente, en 1366. Esta expedición partió de Venecia y se componía de 16.000 hombres. (*¿Quizás se referían a este acontecimiento mis impresiones de lo “ya visto” cuando me encontré por vez primera en Venecia? ¿Procedían del mismo suceso las reminiscencias simultáneas de armas y guerreros, de carabelas y galeras que hormigueaban confusamente en mi memoria y que se reorganizaban en el sueño?*) Al llegar a las costas de Morea, la expedición se reorganizó y tornó después por asalto Gallipoli, que domina la entrada al mar de Mármara, en cuya ocasión se distinguió Iblet por su valor. Por fin se trasladó a Constantinopla (*¿el cuadrito de Gonzaga?*)...

Todo esto se refiere, sobre todo, a los recuerdos de Oriente. Pasando a las reminiscencias en Italia, nuestro autor halló estos otros pasajes que tienen relación con ellas:

La crueldad de Juan Galeas Visconti y su avidez de conquistas, determinaron a los príncipes italianos a agruparse bajo las órdenes del Conde Verde (1371). Iblet toma parte en la expedición al mando de las fuerzas de Saboya, y organiza un golpe de mano para penetrar, con su sobrino Bonifacio y un puñado de hombres de confianza, en el castillo de Milán. El manuscrito no explica el objeto principal de tan arriesgada empresa, pero es probable que se tratase de lograr que Iblet hablase con Blanca de Saboya y la indujese a huir. Iblet es descubierto y hubiera pagado su audacia con la vida, de no mediar la noble intervención de Alberico de Barbiano, que se hallaba a las órdenes de Galeas Visconti y lo salvó. (*¡Qué misteriosa relación entre este suceso y el encuentro extrañamente fortuito con aquel otro Alberico de Barbiano, descendiente suyo, que visitó conmigo los castillos del Valle de Aosta! Hay otros puntos de contacto entre Iblet y Alberico, ambos fallecidos en el curso del mismo año de 1409*).

Iblet vuelve al frente de las fuerzas de Saboya en la expedición emprendida por el Conde Verde (1377) para liberar a Biella del señorío de Juan Fieschi, obispo de Verceil, ayudado e incitado éste por Galeas Visconti. Sus tropas obtienen una brillante victoria e incluso toman prisionero al obispo, a quien encierran en el castillo de Montjovet. A causa de eso, Iblet fue excomulgado por el papa Gregorio XI...

La excomunión pesa dolorosamente sobre el alma de Iblet y en sus relaciones con sus vasallos... Después de la muerte de Gregorio XI, al ser nombrado Papa Urbano VI, Iblet obtiene que sea revocada la excomunión, pero a condición de que realizara un acto de humildad deferente hacia el obispo en la basílica de San Andrés, en Verceil... (Este acontecimiento ¿se relaciona tal vez con la extraña sensación que me hizo penetrar en dicha basílica, para unir de inmediato a ella la evocación de un acto doloroso, de humillación oprimente, realizado por mí?)

Estas son las notabilísimas concordancias que se encuentran entre las impresiones, las reminiscencias y las visiones del ingeniero José Costa y los acontecimientos que caracterizaron la existencia personal de un caballero de la Edad Media. Es ocioso seguir más lejos la vida aventurera de Iblet de Challant, quien, desilusionado por la ingratitude que para con él tuvieron los poderosos, terminó por retirarse, indignado, a su castillo de Verrés, que embelleció con un altísimo sentimiento artístico. Murió en 1409 vivamente lamentado por su familia y su país.

Otra coincidencia de distinto carácter, pero notablemente sugestiva, consiste en que Iblet de Challant era de estatura gigantesca y complexión atlética, ¡exactamente como el Sr. José Costa!

Y aún más: existe un retrato de Iblet de Challant que lo representa a la edad de treinta años. El Sr. Costa ha publicado una fototipia del mismo, colocando frente a ella su propia fotografía de cuando tenía más o menos la misma edad. Pues bien; ambas fotografías se parecen hasta un punto tal que si se colocase en la cabeza de Iblet de Challant el casco de oficial de caballería que lleva el Sr. Costa en su fotografía, parecería que los dos retratos representan a la misma persona.

Después de lo que acabo de decir, hay que convenir en que si el Sr. Costa me declaró personalmente que no tiene ninguna duda acerca de haber vivido otra vida, en la cual fue un caballero medieval llamado Iblet de Challant, hay que convenir, digo, en que tiene buenas razones que hacer valer.

Desde el punto de vista científico, el detalle que hay que tomar sobre todo en consideración es el del fantasma de Verrés que revela al sensitivo vidente que en los archivos privados de un patricio de la Liguria hallará la biografía de un olvidado personaje de la Edad Media, que nació y vivió en otra provincia de Italia, biografía cuya existencia no conocía nadie en el mundo salvo, tal vez, el propietario de los archivos donde se guardaba. Este detalle presenta un interés teórico considerable, puesto que demuestra el origen supranormal de la visión de Verrés, que se enlaza indisolublemente a todas las impresiones de “paramnesia” experimentadas por el Sr. Costa.

En resumen: considerando que el fantasma de Verrés llamó al sensitivo con el nombre de “Iblet”; considerando que los incidentes personales, los amores contrariados, las hazañas guerreras del caballero que así se llamaba y vivió. en la Edad Media concuerdan admirablemente con las impresiones, las reminiscencias y las visiones que el Sr. José Costa experimentó desde la niñez hasta la edad viril; considerando que las múltiples explicaciones con las cuales la psicología oficial se esfuerza en dar cuenta de los fenómenos de “paramnesia”, desde las diversas teorías de la “falsa memoria” hasta las hipótesis de la sugestión, de la autosugestión, de las “coincidencias fortuitas” y. de la “telestesia durante el sueño” son todas relativas a estados psicológicos, patológicos o supranormales que no hubieran podido producir una convergencia de impresiones subjetivas perfectamente concordantes con los acontecimientos vividos por un personaje de la Edad Media oscuro y olvidado; considerando que debemos contemplar todo ello, hay que deducir lógicamente que la única conclusión legítima

que se puede extraer de los hechos en conjunto, es la que encara la posibilidad de que el ingeniero José Costa haya vivido anteriormente otra vida, en la persona de un caballero medieval llamado Iblet de Challant.